



Terror
Fantasía
Ciencia Ficción



6



Ediciones Turas Mór

MALAY



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
<i>La visita</i> (ADRIANA ALARCO DE ZADRA).....	4
<i>Manuel o la virtud de vivir en este mundo</i> (DANIEL BARBIERI).....	7
<i>El ruido</i> (MAXIMILIANO SAMBUCETTI).....	23
<i>Huesos</i> (DIEGO ESCARLÓN).....	26
Trazos de ayer: MALAR.....	27
<i>Carmiña "release" 2.0</i> (MARCELO C. CARDO).....	28
<i>Cuidador de estrellas</i> (ADRIÁN N. ESCUDERO).....	32
<i>"Nergum Astrum"</i> (MIGUEL Á. LÓPEZ MUÑOZ).....	39
<i>El timo en Sijha</i> (M. C. CARPER).....	45

NM

www.revistanm.com.ar
revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Ésta es una publicación de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad
de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**.

ESN 48929-070909-406426-19

Se agradece por haber tomado parte en este número a:
FERNANDO BONSEMBIANTE y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:
Ilustración de MALAR (gentileza de CHRISTIAN VALLINI)

EDITORIAL

Un número para todos los gustos.

Fantasía, terror, ciencia ficción (de la dura y de la otra) y material clasificable. Antiguos y nuevos colaboradores. Escritoras y escritores. Nacionales (de Capital y de provincia) e internacionales (de España y de hispanoamérica). Relatos inéditos y reediciones. Algún artículo, para no perder la costumbre.

En suma, otra clásica entrega de **NM**.

Con seis números publicados, treinta y siete relatos y veintisiete colaboradores diferentes, la revista tiene un promedio de más de cuatro nuevos autores y de unos seis relatos por ejemplar. Algo que es fuente de orgullo por el logro, un desafío para continuar por ese camino y un motivo de preocupación para el futuro.

De hecho, el número 7 va a contar con más páginas y espero que eso sea una situación que se mantenga en el futuro. En algún momento quizá incluso resulte necesario pensar en la bimestralidad. Pero, por ahora, acá está el 6, para que los lectores de antes y los nuevos puedan empezar a disfrutarlo.

SANTIAGO OVIEDO

Los textos de esta publicación fueron editados en OpenOffice 2.2 y AbiWord 2.4. La revista se armó en Serif PagePlus 6.0. Los archivos PDF fueron generados en PDFCreator 0.9.3.

LA VISITA

ADRIANA ALARCO DE ZADRA

Casi me quedo sin novio el día en que le conté a Marcelo sobre la visita. Estaba inquieta y me aterró cuando me encerraron en el dormitorio. Marcelo nunca me cree cuando le cuento sobre algún evento de mi pasado reciente. Es escéptico, incrédulo y desconfiado por naturaleza y tiene hasta el día de hoy la vaga idea de que yo soy algo desquiciada porque entro a la casa por la ventana en lugar de entrar por la puerta, porque me baño en el mar a medianoche bajo la luna, porque le dejo mensajes como “te amo” pintados con acrílico sobre su coche y luego debe pintarlo todo de nuevo, enfurecido. Pensaba que estaba loca y, en fin, cuando recién lo conocí debía hacer lo posible para que no creyera lo que creía, o sea, debía creerme cuerda porque si no me quedaba sin novio. Por eso fue la siguiente confesión una de esas noches.

—Tengo un tío que es psiquiatra y trabaja en el manicomio.

—¡Ajá!

—Una vez me encerraron en uno de los dormitorios.

—¡Ajá!

—Pero fue una equivocación.

—¡Todos dicen lo mismo!

—Es verdad que fue un error.

—¡Te creo!

—No pongas esa cara de duda.

Espera a que te explique.

—¡Explica!

—Estaba yo de visita al hospital psiquiátrico con mi tío, el doctor, llevando dulces y galletas a los enfermos. Repartía de cama en cama golosinas a las mujeres que se encontraban en un largo dormitorio.

—¿Tú también estabas en cama?

—¡Yo estaba repartiendo dulces!

Agradecían con sonrisas en sus bocas desdentadas que me llenaban de ternura. Al fondo del dormitorio encontré a una anciana que bordaba un mantel con flores exóticas de colores y pájaros extraños de plumas y orejas, con alas y rabos.

—¡Muy creativo!

—La mujer vagaba su mirada inestable por las paredes vacías. Tenía ojos grises, dulces y serenos. Le pregunté por su trabajo con la aguja.

“Estoy bordando este mantel para mi boda, querida”, me contestó. “¿Ves este pajarito? Es una alondra. ¿Ves esta flor? Es un lirio japonés”. Luego, la anciana aclaró, al verme asombrada por esa próxima boda a su tan respetable edad: “Me casaré cuando termine de bordar el mantel, querida, ¡claro está!”, Y, luego, acercándose a mi oído, susurró: “Mi novio llegará por mí en un caballo alazán cuando levanten vuelo las aves del mantel y caigan los pétalos de las flores. Entonces, yo lo esperaré lista en el balcón con mi traje de novia, y con él me iré lejos, lejos de aquí”. Los ojos de la mujer se perdían en un paisaje que no existía en medio de esa pared vacía y sin ventanas. La alondra salió revoloteando y se apoyó sobre el lirio que abrió sus pétalos. Le pregunté que adónde estaba su novio y me entristeció su respuesta: “Ya vendrá, querida. Cada vez que pregunto por él me dicen que ha muerto de amor, pero yo sé que no es verdad. Casi todas las noches viene a visitarme y tiene un agujero en el pecho”. Ella se rió compadeciéndose del mundo absurdo y mentiroso del cual ya no formaba parte. Los lirios seguían creciendo alrededor de su cama y las enredaderas trepaban por los rincones. Las alondras revoloteando con sus alas de hilo de bordar se pegaban a las paredes como dibujos en movimiento. Decidí que era el momento de regresar al mundo real. Le di un beso en la mejilla aunque no creí toda su historia porque me encontraba en un lugar donde no hay que creerle a todo el mundo. Cuál no sería mi sorpresa y mi terror al encontrar que estaban cerrando la puerta del dormitorio con llave.

—¿Y te acostaste en una de las camas? —preguntó Marcelo.

—¡Por supuesto que no! Fui corriendo a tocar la puerta para que me abrieran mientras el dormitorio se llenaba de penumbra y las enfermas me observaban temblar y transpirar con sus ojos fijos y muy abiertos.

—¿Te abrieron la puerta?

—¡No! Me gritaron desde el otro lado: “¡No haga tanta bulla y vaya a su cama!”. ¡Me estremecí pensando que podía quedarme en aquel lugar sin culpa ni beneficio! Las lágrimas pugnanaban por salir y el corazón me latía furiosamente. Supliqué a la enfermera a través de la puerta, con la voz más cuerda que pude sacar, que yo estaba solamente de visita y que me dejaran salir.

—¿Ésa fue la vez que te quedaste en el manicomio?

—¡No me quedé, Marcelo, no me quedé, te lo repito! ¡Fueron sólo unos minutos! Me abrió la puerta una señora extravagante que vio mi estado tembloroso después del susto y, tomándome del brazo, me alejó dulcemente. “Mi cielo, no se impresione”, me susurró con voz tranquilizadora, acariciando las plumas de un extraordinario sombrero. Me observó con sus ojillos escrutadores mientras yo le miraba el rojo de los labios, pintados sin espejo, que le llegaba hasta los cachetes. “Yo la conozco a usted, mi cielo”, exclamó sorprendida. “¡Si tengo su retrato sobre la cabecera de mi cama, mi cielo, y le rezo todas las noches!”.

Más me asombré yo con aquella declaración y traté de alejarme, cuando, observándome entre las plumas del sombrero estrambótico donde ha-

bía anidado una de las alondras, me señaló con el dedo y exclamó: “¡Si eres Santa Rosa de Lima, mi cielo!”.

—¿Esa dulce señora muy emperifollada te confundió...?

—Ella era también una paciente del hospital.

—Bueno. Te perdono por esta vez...

—¿Ahora me crees cuerda?

—¡Claro que sí, María! ¡Solamente me gusta hacerte enojar!

—¡Felizmente lo crees, Marcelo, porque yo hasta ahora no estoy muy segura!

—Bueno, y tú ¿qué hiciste, entonces?

—Preguntándome por qué será que me confunden siempre con Santa Rosa de Lima, ¡me di media vuelta y decidí regresar nuevamente a mi estampita!

© ADRIANA ALARCO DE ZADRA, 2007.



ADRIANA ALARCO DE ZADRA
(Perú —Lima—)

Traductora y escritora, es presidenta de la Fundación RICARDO PALMA, que administra la casa-museo de este escritor en Miraflores, Lima. Publicó tanto material para adultos como para niños y colabora con la revista **Sinergia**.

MANUEL O LA VIRTUD DE VIVIR EN ESTE MUNDO

DANIEL BARBIERI

*“A quien carece de fuerzas
para soportar la muerte y la vida,
a quien no quiere ni resistir, ni huir,
¿qué remedio puede recomendársele?”
(MONTAIGNE)*

En aquel insoportable verano de 1967 una cola de deudores se diluía por las tortuosas escaleras del Instituto de Previsión Social; envueltos en un ambiente de baño turco cada uno llevaba bajo el brazo las jergónicas planillas de la moratoria para deudores de contribuciones previsionales. Las conversaciones se reducían a murmullos, silbidos de desahogo, emitidos entre mirada y mirada a la idílica meta de la cola —dos mugrosas ventanillas bancarias— donde también morosos empleados se detenían parsimoniosamente a revisar y sellar los dichosos formularios.

En el lugar siguiente estaba un muchacho más o menos de mi edad —andaba yo por los veinte—, que lucía pelo largo y mirada irónica, actitud que reafirmaba con comentarios mordaces que largaba de tanto en tanto como quien no quiere la cosa. Entre rezongo y rezongo entablamos algo parecido a una conversación.

—Mirá a ese de anteojos. —Los empleados estaban haciendo la pau-

sa de la merienda.— Toma el café más lentamente que mogólico con un gotero...

Sonreí. El rasgo era exagerado pero esencialmente justo; el tipo tomaba pequeños sorbos de su bebida mientras ojeaba, en apariencia preocupado, unos papeles.

—¡Cómo sería si trabajan a “reglamento”! —repliqué por replicar algo.

—Trabajar a reglamento es, en idioma del empleado público, hacer huelga. Éstos ni huelga hacen, sería mucho trabajo. ¿Y si los despiden? En la calle se los puede comer un gato.

—Burocracia, nomás, el sistema de gobierno universal —dije para continuar el diálogo, que, si bien gratuitamente criticón, nos distraía. Mi circunstancial compañero de fila contestó con una venenosa alusión política. La dejé pasar y cambié de tema; la política, además de no interesarme, me suele dar dolor de cabeza.

—Parece que traés unas cuantas —señalé el fajo de moratorias debajo de su brazo—. ¿Te las aceptan todas?

—¡Eh! A veces sí, a veces no; depende. Es un trabajo de enano.

—¿Te ocupás de este trabajo por tu cuenta?

Adoptando una expresión que quería decir “¡cualquier día!” exclamó lufardamente: —¡Vamos! Esta cola me la puso mi “trompa”... Es apenas una changa ocasional.

Contento por la ocurrencia explicó que su jefe, un abogado, le había propuesto que se ocupara de una sección exclusiva para atender las moratorias de los clientes... a cambio de doscientos mangos por cada trámite terminado, sueldo aparte.

—¡Linda cosa! —siguió—. Mientras yo trabajo horas extras en mi casa él le cobra diez mil pesos a cada cliente por el “favor”.

—Pero... ¿por qué no lo mandás al diablo? Disculpame, viejo, pero eso es una avivada.

—Mirá... si lo mando al diablo, como decís vos, me despide; yo no tengo relación de dependencia, y me quedo sin extras y sin trabajo. Está dicho que hay vivos y zonzos; evidentemente yo no nací para avivadas, ergo: soy zonzo. No puedo ponerme en un boliche junto a un cartel que diga “Se hacen moratorias” y cobrarles cualquier cosa a los pobres desesperados en complicidad con el gallego del bar. No, no me gusta trabajar así. ¿Y a vos?

—No, yo no soy de esos. Vengo a presentar los papeles de mi viejo. Está bastante atrasado con la Caja y me encargó que le arregle el problema.

“¡Ah!”, fue toda su respuesta; yo era un “nene de papá”. No un hombre independiente, con problemas propios, que vivía de su trabajo. Eso lo pensé por mi

cuenta, ya que la sintética exclamación de mi acompañante nada significaba, y aunque significara eso le hubiera dado la razón.

Es notable cómo algunas personas se entienden al momento; el flaco compañero de cola me caía simpático, al punto que en diez minutos ya parecíamos íntimos amigos. Me gustaba sobre todo esa resignación irónica, esa triste alegría, que evidenciaban sus expresiones y sus palabras. Me acordé de aquella imagen renacentista, “riendo lloro”, que tanto trasantara Rabelais en sus doctas, obscenas, vitivinícolas novelas, que tan bien expresó Vivaldi en su música. Lo sospeché también ávido lector, como yo, sobre todo por su lenguaje entre culto y chabacano; me prometí que luego lo averiguaría, invitándolo, si aceptaba, a tomar un café.

Cuando nos llegó el turno a él lo atendieron en una ventanilla y a mí en la otra. Yo no debí aguardar mucho; después de serme señalados ininteligibles errores, mi moratoria fue rechazada sin más trámite. No atiné a decir nada, salvo a escuchar lo que me decía el empleado en abstruso lenguaje técnico.

Mientras yo restituía las planillas de mi padre a la carpeta donde las había traído, vi cómo mi amigo discutía con el empleado. De cinco moratorias le querían rechazar una, y la peleaba como un tigre. El inquisidor burócrata no accedía, así que sacó una lapicera y corrigió los errores que el empleado señalaba. Lo hizo tan rápido que el otro se quedó frío, y hubo de aceptar el papel farfullando que con tinta azul no valía.

Bajamos juntos la escalera aún llena de gente aguardando su turno; lo invité a tomar un café.

—No, che, mejor tomemos un vermú. Pago yo.

Protesté y acepté. Trotamos por la avenida hacia abajo. La calle se atestaba de automóviles, ómnibus, microómnibus, camiones y toda la estruendosa fauna mecánica porteña; entre las palomas de la plaza de los Congresos se elevaba una nube de *smog* calentito, recién servido. Yo estaba por repetir la consabida pregunta a mi compañero, pero pasamos frente al puesto de una florista y la formuló un viejito: —Calor, ¿no?

Y la chica respondió salmodiando: —Si fuera el calor solo; es la humedad...

El ritual diálogo entre el jubilado y la florista quedó atrás en el bochinche de la avenida, un viernes de febrero de 1967, al atardecer. Yo quería decir algo; una pregunta intempestiva para entrar en materia. Vacilaba, y mi amigo se adelantó: —¿Leíste a los presocráticos?

La preguntita me tomó por sorpresa; al parecer ese día todo se adelantaba y me superaba.

Frente a la playa de estacionamiento del Sindicato de Empleados de Comercio, contesté que sí. Que algo había leído, pero que más me interesaban los postsocráticos.

—...Es decir Platón.

Me miró con esa expresión entre triste y burlona, ya distintiva en él. Esta vez no me gustó; de alguna manera me estaba sobrando.

—Sentémonos acá, ¿qué te parece?

Era un bar sobre la avenida. La sombra ya cubría la vereda llena de mesas; elegimos una y nos sentamos.

—Mirá, Platón —continuó— creía en la realidad de las Ideas. Y ellas le permitieron vivir y espichar en paz. Ésa fue su dicha y su desgracia.

Protesté. En mis incursiones filosóficas había leído *Fedro*, *El banquete*, *Fedón* y hasta el indigerible *Timeo*; me consideraba todo un erudito en platonismo. Desde que leyera *Fedro* había quedado encantado; la tesis del mundo de las ideas, la inmortalidad del alma, la purificación por la virtud, me parecían innegables. Por otra parte, afirmaban mi a veces vacilante cristianismo, que —inculado de chico— me servía de firme apoyo para encauzar la vida.

El mozo interrumpió la deshilvanada réplica; encargamos dos Cinzanos con soda e ingredientes. El flaco aprovechó la pausa para presentarse.

—Me olvidaba; mi nombre es Manuel. Manuel Unthentorsen.

—¡Salute! —exclamé a la par que le agregaba soda a mi bebida—. ¿Alemán?

—No exactamente. Mi familia es de origen austrohúngaro, pero da lo mismo. Cuando me inscribieron en el Registro Civil, mi abuelo quería ponerme “Inmanuel”, pero resulta que la ley no lo permitía, así que me quedé en Manuel a secas; no soy *in*, pues. —Terminó con una sonrisa, aludiendo a las caprichosas y rígidas categorías sociales que por entonces imponía el humorista Landrú.

—Inmanuel, como el filósofo ¿eh? —Traté de recuperar el hilo perdido;

aún tenía en la garganta dos o tres cosas acerca de Platón.

—Sí, parece que el viejo adivinó mis tendencias... A propósito de Platón —se me adelantó otra vez—, no está dentro de mis posibilidades refutar el platonismo, ni cualquier otro sistema. Sólo quería acotar que un sistema siempre se apoya sobre una base emotiva, cimiento sobre el que se construye el edificio racional. ¿De acuerdo?

Le di vía libre; quería saber dónde iría a parar. Además esas rachas de elocuencia especulativa no eran comunes entre la gente que conocía,

—Seguí, te escucho.

—Bien. En Platón el sentimiento primario es el de trascendencia a este mundo; desdeña las informaciones de los sentidos y vislumbra en su pensamiento el rastro de otro mundo más noble. No olvidemos que, según Platón, Sócrates era discípulo de los eleáticos, y había alternado con Parménides y Zenón.

—En efecto —asentí; yo había leído la introducción al diálogo *Parménides*.

—Éstos profesaban un sistema que negaba el mundo de los sentidos, por hallar en él una contradicción lógica elemental, y afirmaba la existencia del Ser o lo Uno, es decir, lo único pensable con notas no contradictorias y, por lo tanto, verdaderas... Por ese camino “poco trillado” de la lógica pura llega a un Ser helado, alejado de nuestra existencia: eterno, inmóvil, infinito, homogéneo, inmutable, etcétera. Lo importante es que el joven Sócrates y Platón adoptaron esa ingenua negación de los sentidos y esa no menos

ingenua afirmación del pensamiento como única realidad. No es casual que Platón llegara a concebir un mundo exclusivo del pensamiento, modelo perfecto de este mundo de los sentidos imperfectos, ¿no es así?

—Ése es el nudo central de la filosofía de Platón. ¿Acaso no es hermoso pensar en ese mundo celestial...? —Buscando la palabra exacta fijé mi vista en unos papeles sucios que rodaban sobre la vereda también roñosa.— ¿En ese mundo divino, del cual este sucio mundo no es sino una mera sombra?

—¡Qué éxtasis poético! —ironizó Manuel—. Sin embargo, ahí está el quid del problema, la macana de que te hablaba al principio. Tenemos que adaptarnos a vivir en este mundo, y afirmar su invalidez es un rebusque adaptativo, una manera de no preocuparse demasiado por las cosas de la vida: un sentimiento, en definitiva, prerracional.

—Pero hay razones —balbucí—, hay razones para afirmar esa tesis.

Tragué un poco de vermú; Manuel ya se lo había tomado todo. Me miraba con tristeza, casi con subestimación.

—Ya te dije que no intento la refutación del sistema; sólo señalo una actitud vital. Pero si querés razones te diré que bastaría la posterior afirmación de Lucrecio: “Si la impresión de nuestros sentidos no es verdadera, la razón tampoco lo es”.

Quise objetar que no conocía la obra de ese filósofo latino y que por lo tanto la cita desgajada del conjunto, aunque fuera fidedigna, podía no tener valor. Pero a Manuel, una vez que

se largaba en una de sus peroratas, no había quién lo parara.

—...De la misma manera que Aristóteles demostraba contra Gorgias (que afirmaba sofisticadamente que nada existía) que todo existe, se podría demostrar la existencia de la multiplicidad contradictoria frente a la unidad unívoca. Y si querés más podemos indagar en qué se basa Platón en el *Fedón* para probar la inmortalidad del alma. Nada menos que en el vago concepto de la “reminiscencia”, una emoción. Hoy la gente se refugia, ante los sufrimientos que les plantea este mundo, en la religión, fuente mucho más rica que la filosofía para ese tipo de compensación. Pero la raíz es la misma. Quizá a vos y a mí nos gustaría ser ingenuos como el tal Cleómbroto de Lambracia, que hace miles de años se arrojó desde unos acantilados para morir. ¿Por qué? No por su nombre estúpido, sino porque luego de leer el *Fedón* quedó tan convencido de la inmortalidad del alma que ya no le interesaba vivir...

Yo conocía y reprobaba esa anécdota clásica; el suicidio estaba prohibido por la religión. Si nuestra vida era una prueba, no se podía hacer trampa escapándose. Manuel seguía hablando y hablando, ahora se refería a los argumentos lingüísticos de Russel y sus compinches; yo lo atendía a medias, viendo el desbarajuste de la avenida y encargando otra vuelta de vermú. Luego reaccioné.

—Pero algo de trascendente hay en nosotros —dije con energía—; no puede ser que seamos un miserable guiñapo de carne y hueso y nada más. Yo tengo fe.

—Y no la discuto; al respecto sólo abstengo mi juicio. El problema es que estamos en un mundo, nos damos cuenta, pensamos y no nos gusta. Todos se las arreglan como pueden y se ilusionan lo mejor que pueden, sea falsa o verdadera la ilusión. Y de esto podría hablarte el almacenero de la esquina, este mismo mozo que nos atiende. Todos existimos; ése es el problema. Para qué apelar racionalmente a causas externas, metafísicas. Es todo una gran confusión deliberada.

—¿En qué consiste la confusión, Gran Hereje? —pregunté buscando el tono de broma, porque la discusión me estaba inquietando.

—Consiste —dijo muy serio— en que se confunde la causa con los efectos. La eternidad, el reino de los cielos, dios, el ser no son causa de este mundo, sino efectos de nuestra realidad, inmanentes a ella. El reino de los cielos, la eternidad, está en nosotros —concluyó lo más campante.

Era evidente que mi amigo no era religioso, o lo era a su enigmática manera, lo que no me asombró en la sociedad materialista en que vivíamos. Sin embargo no supe qué contestar, la disputa se había derivado a problemas demasiado espinosos que temía discutir. La educación católica apostólica romana, que mis padres se habían esmerado en darme, era puesta en duda a nivel filosófico.

Pero, por otro lado, me agradaba conversar sobre esos temas con alguien que, sabiendo más que yo, no tenía ningún vínculo de autoridad sobre mí.

—Hablabamos de los presocráticos... —Lancé un anzuelo para re-

tomar la conversación dentro de un tema más neutral, y Manuel lo mordió encantado.

—Sí, es cierto. Hace poco encontré una frase de Anaximandro realmente maravillosa. Dice más o menos así: “Debemos estudiar el origen de las cosas, su necesidad, pues deben hacer penitencia y ser juzgadas por sus injusticias conforme al orden de los tiempos”. ¿Qué te parece?

—¡Hum! Enigmático, ¿no?

—Todos los presocráticos son enigmáticos porque nos han llegado fragmentados, y la interpretación es difícil o caprichosa. Pero respecto de ese fragmento me parece que tiene un inmenso y exacto contenido; tanto que en él están las razones últimas de todas las culturas humanas.

—¡Epa! —protesté ante tamaña conclusión.

—Esperá, es muy simple. Las culturas humanas son un esfuerzo para superar el devenir de las cosas, medios para adaptarnos y sobrevivir a él, para soportar los embates de la naturaleza, “las injusticias de las cosas”. Desde que nacemos estamos encerrados en el espacio y el tiempo, como si nacer fuera un delito cuya pena es la muerte, pero la naturaleza es así. Aunque nos desesperemos, el tiempo nos lleva como una corriente a un nadador. Todo conocimiento, en definitiva, es un intento para obligar a las cosas a hacer penitencia, una respuesta al devenir que nos encadena. Debemos luchar para vivir, y no hundirnos. Las cosas forman como un laberinto en movimiento. La angustia es saber que cada uno está solo en ese río, en ese laberinto dinámico,

que tarde o temprano terminará por ahogarnos. ¿Entendés?

—Sí —respondí. Entendía; un escalofrío revulsivo me devolvía las dudas de niño.

—En resumen, el significado que le doy a la frase de Anaximandro es el deseo de conocer el laberinto, de tener sus claves, para evadirse de la necesidad y superar el devenir manejando el laberinto a gusto.

Terminé mi Cinzano y contemplé la paz barroca del Pasaje Barolo, inmersa en una nube de humo tenue. Ya anocheecía... “Devenir, Caos Organizado”, pensé. Sin llamarlo así, muchas veces me había intrigado pensando qué era esto en que vivíamos; nunca obtuve una respuesta satisfactoria fuera de la religión. Manuel notó mi cara preocupada y cambió de tono.

—¡Vamos, che! No te amargues por esas cosas. Hay que tomarse la vida como un deporte, atravesar el laberinto como un juego. Todo es un juego y como tal hay que encararlo. Mirá esas pibas que van allá, ¿no son un fenómeno?

Las chicas no eran tan gran cosa; apenas un burdo intento para distraerme. Dije en tono grave: —El juego del que hablás como empieza acaba. ¿Qué valor tiene una existencia o un universo así?

Manteniendo la sonrisa me miró al fondo de los ojos.

—Ninguno en sí, salvo que se lo demos nosotros mismos. ¿Para qué exagerar? No tiene importancia que un juego se acabe como se inició. Es más bien hermoso.

—La conclusión no es muy original; al fin y al cabo se trata de aquel

dicho: "Las cosas hay que tomárselas con soda".

—¡Ecco! —exclamó—, pero es preferible que la soda sea alegría y no desesperación gratuita.

La síntesis era optimista y no puede menos que sonreír. Manuel había llamado entretanto al mozo y ya se disponía a pagar la cuenta. Quise impedirlo, pero no cedió.

—Encima tendría que pagarte yo a vos por aguantarme la lata —comentó.

—¡Por favor! No siempre puedo hablar sobre estos temas; no hay muchos que hayan leído a los griegos y a la vez se pueda conversar con ellos. Me gustaría seguirla otro día.

Caminando por la avenida intercambiamos teléfonos y direcciones.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—A casa. Queda en Belgrano, como te dije; el 167 que pasa por Santiago del Estero me deja al pelo. —En eso me acordé de la moratoria de mi padre, rechazada.— ¡Huy, huy!

—¿Qué pasa?

—Me acordé de la moratoria de mi viejo.

—¿Y qué tiene la moratoria de tu viejo?

—La rechazaron, no sé por qué.

—Me dio vergüenza confesárselo a quien había presentado cinco al mismo tiempo. Le alcancé los papeles.

—¡Bah, bah! No es nada; dejámela que yo la arreglo y la presento. Es cuestión de práctica, ¿sabés? A ver, a ver...

Examinó los papeles en la misma calle, y luego de un vistazo dictaminó que era un simple error en el coeficiente.

—Llamame el lunes por teléfono y arreglamos para encontrarnos en ese mismo bar. ¿De acuerdo?

—Pero... —argüí.

—Pero nada. Para mí no es ninguna molestia; nada le hace una pulga más al perro, ni una mancha más tigre.

—Y te lo agradezco en serio; para mí es un rompecabezas.

—Te digo que es cuestión de costumbre; después salen solas.

Nos despedimos con un apretón de manos en una esquina de Avenida de Mayo. Yo seguí mi camino mareado, con una sensación de irrealidad galopante, no sé si a causa de los aperitivos o de la conversación.

Esto que acabo de narrar ocurrió hace mucho tiempo; sin embargo, lo recuerdo en todos sus detalles tal como lo he contado. Quizá la larga disertación filosófica haya sido más breve, y se confunda ahora con otras posteriores, compendiadas en mi memoria, pero no puedo dejar de recordarla así, pues mi relación con Manuel fue algo más que una movida de piso para mi concepción del mundo y de la vida.

Desde ese día fuimos inseparables. Antes tenía amigos —después dije "conocidos"— en las prácticas de *rugby* en Náutico, entre los ex compañeros de la secundaria; todos quedaron relegados al participar yo del universo inquietante y extraño de Manuel.

Ya no se trataba sólo de jugar *rugby*, tomar sol o leer a Platón, sino también de emprender pequeñas aventuras que por mi cuenta nunca se me hubieran ocurrido. Mi amigo le daba un tono fantástico a todo; su a-

legría irónica, sus observaciones agudas, le daban color a una película en blanco y negro.

Una noche, caminando por una calle de Belgrano a eso de las dos de la mañana pasamos frente a una casa medio destruida, cuya demolición y conversión en *monoblock* no estaba lejana. Manuel se detuvo y fijó su vista en los selváticos jardines, en el frente carcomido, como adivinando el oscuro interior.

—Esta casa está embrujada, con fantasmas y todo —diagnosticó.

—No embromes.

—Bueno, vamos a sacarnos las dudas —dijo, buscando una pequeña linterna que llevaba en el llavero. Acto seguido empezó a trepar la verja de hierro que separaba el jardín de la calle. Ambos vestíamos vaqueros y camisas viejas; pensando que no se podía perder más que eso en la exploración, lo seguí.

Luego de una breve recorrido por los jardines degenerados en matorrales, encontramos una puerta-cochera desencajada. Nos abrimos paso al interior acompañados por un molesto chirrido. La cochera estaba vacía; en el fondo, una breve y angosta escalera que terminaba en una puertita abierta nos condujo al interior de la casa propiamente dicho. Salimos a la nave lateral de un salón grande. La pequeña linterna de Manuel apenas me permitía intuir una oscuridad poblada de colgajos, contornos de muebles, algunas estatuas.

—Si acá no hay fantasmas, me podés dar una patada donde te imaginás —susurró medio en serio, medio en broma.

—Te dejo el beneficio de la duda —murmuré más bajo, no tan tranquilo.

Seguimos hasta el final del salón, procurando esquivar los muebles insinuados. Allí encontramos una habitación amplia y vacía, por cuyos ventanales rotos se filtraba la luz de la luna.

—Intuyo fantasmas —aseguró.

—Yo, en cambio, los oigo —repliqué. En efecto, oía una especie de ronquido gutural, cavernario, que al parecer salía de una puerta situada a un lado de la habitación.

Manuel no alcanzó a opinar porque los ronquidos se interrumpieron y un enorme, furioso mastín apareció ladrando, tronando, por aquella puerta lateral.

No esperamos a que nos lo presentaran; en segundos corrimos hasta el garaje esquivando (o no) muebles, estatuas o sombras que se menearan; cerramos la puertita de acceso a la cochera y en otro segundo escalábamos la verja herrumbrosa, con el perrazo raspándonos los talones.

Dos cuadras después, recuperado el aliento, ironicé: —Tu fantasma resultó ser demasiado corpóreo y material.

—Ese perro era la encarnación de un espíritu guardián —replicó, examinándose un rasguño en la pierna.

—Claro —no me rendí—, con esa interpretación te salvás de la patada prometida.

—¡De ésa me salvo solo! —exclamó huyendo a la carrera.

Lo corrí unas cinco cuadras hasta que, agotados, nos dimos la mano y fuimos a tomar algo a un bar de Cabildo.

No todas las que emprendimos fueron tan infantiles. Otra noche se nos ocurrió visitar un barsucho del Bajo, que poco después un intendente moralista clausuraría.

—Nos van a pelar —dijo supersticiosamente viendo la entrada del lugar.

—Bah, bah, bah.

—Bueno, caramba, entremos.

El interior no podía ser más estrecho y despintado: una hilera de mesas, una barra, y el cuadrado de una pequeña pista de baile al fondo, junto a los baños. Dos marineros sobre la barra retumbaban en un idioma áspero; tres provincianos solitarios se emborrachaban en compañía de respectivas alternadoras invariablemente teñidas de rubio.

Dos muchachas nos rodearon, y con la monotonía de un rito, nos preguntaron si las invitábamos con un *whisky*. Nos sentamos los cuatro, entablando una charla trivial con las profesionales de hacer levantar el codo a cambio de caricias y compañía.

La cosa no pasó del primer desabrido *whisky*, porque Manuel dirigió su atención a los marineros que tragaban cerveza y arrojaban dólares sobre la barra.

—Son holandeses —me confió—; los voy a cargar de lo lindo.

A continuación fue hacia ellos y les farfulló algo, mezcla de alemán y castellano. Entendí que les decía que él también era holandés, pero que había venido a la Argentina siendo muy pequeño.

Los alcoholizados lobos de mar picaron la carnada; alegres, hicieron varias preguntas. Manuel, como tra-

tando de entender lo que decían, traducía al castellano.

—¿Que dónde nació? —Y farfullaba en una jerigonza incalificable, mechando dos o tres ambiguas palabras de verdadero alemán.

Los marinos enarcaban las cejas y repreguntaban.

—¿En qué dialecto hablo? Pues les diré... —Y seguía con su estropicio verbal carente de significado. Yo apenas aguantaba la risa; mis dos compañeras de mesa sonreían tensas.

—¿De qué comarca soy? Más bien... No Dresden, cerca de Flandes... —Y combinaba comarcas, regiones, pueblos, con vagas indicaciones geográficas en alemán: más allá, al oeste, no por ahí.

La broma siguió un buen rato. En determinado momento el más avispa-do de los dos marinos dijo algo al otro; en seguida Manuel me advirtió.

—Sonamos, se avivaron.

Las chicas gritaron, las sillas cayeron, un vaso se rompió y tuve mi única pelea en el más puro estilo del salvaje, salvajísimo, oeste. El marinero más rápido (o menos borracho) tomó de las solapas a Manuel, que se soltó y paraba los golpes como podía y trataba de colocar algunos sin éxito. Entré como una tromba, dando patadas en lugares sensibles; Manuel acertó un *cross*. La riña se inclinaba de nuestro lado, cuando unas tenazas de acero nos tomaron por las axilas y nos alzaron en vilo.

Eran dos matones custodios del tugurio que nos echaban a la calle, no sin antes vaciarnos los bolsillos en concepto de pago de bebidas y abultada indemnización. Protestamos. Có-

mo echaban unos compatriotas en vez de a esos extranjeros...

—Los dólares, nenitos, “dolars” —creímos oír cuando mordíamos el polvo o, mejor, la humedad de la calle.

Nos incorporamos palpándonos; por suerte teníamos los documentos y algo de dinero. A mi amigo le faltaba una pluma fuente.

—Pudo ser peor... —comentó.

—Vos y tus chistes.

—No me vas a decir que no te divertiste.

Rengueando, magullados, caminamos hacia Corrientes, enfrascados en una consoladora discusión sobre la inutilidad de la honra hispana, el honor gaucho, el orgullo machista de los guapos porteños.

Tampoco nuestras actividades eran siempre tan ingenuas. Una tarde nos encontramos cuando Manuel salía de su trabajo, y tuvimos la genial idea de asociar la quiromancia con el galanteo. Hacía varios días que examinábamos el asunto de las líneas de la mano; yo averigüé en un colegio comercial de chicas la hora de salida del turno tarde. Así que nos pusimos en camino dispuestos a rendir corazones femeninos mediante las ciencias ocultas.

En verdad no pensábamos tener éxito (era más bien cuestión de ensayar una idea divertida) y no lo tuvimos entre la mayoría de esa bandada chillona, presumida, coqueta. Pero algunas, cuando ya disponíamos dar media vuelta, se interesaron. Representamos en todo momento el papel de iniciados misteriosos; quizá las convenció nuestro “verso”, quizá nuestra pinta galante de buenos muchachos.

—Ven, esta estrella sobre el monte del sol significa éxitos en la carrera artística. Cuando seas estrella de cine acordate de este pronóstico.

—Estas rayitas indican muchos amores, sos una picarona.

—¡Huy, Dios! Un triángulo sobre el monte de Venus. Acá tenemos una sexomaniática exitosa.

Las muchachas reían, enrojecían a veces. Alguna más caradura nos preguntó:

—¿Y ustedes que tienen en la mano?

—Nosotros tenemos un sátiro guardado —respondí.

Manuel reía: —¡Flor de sátiros!

Invitamos a las más seguidoras a tomar gaseosas, y mi libreta azul de teléfonos femeninos perdió vacíos.

Antes de conocer a Manuel yo salía con mujeres, quizá con más frecuencia; gracias a mi padre disponía de un departamento pequeño, un bulín, para esos menesteres. Él siempre prefirió que me hiciera hombre callejeando antes que marica entre los libros. Ya habría tiempo para que sentara cabeza y asumiera la dirección de la fábrica —pensaba, fiel a su experiencia— si me divertía siendo joven; en cambio, si dedicaba mi tiempo a una licenciatura en filosofía, lo más probable era que pasara mi vida entera hundido entre libros.

En consecuencia, yo asumía las conquistas y seducciones como una carga, un trabajo necesario para probar mi hombría; era un rito que no me reportaba satisfacciones y que sin embargo me sentía obligado a practicar sin pausa.

Junto a Manuel esas mismas actividades adquirieron el tono de una aventura creativa, hermosa. Estudiamos uno por uno los pequeños matices de la relación con las mujeres, sus alternativas, sus finales. Y los practicamos al mismo tiempo. No nos importaba tanto el resultado como el proceso en sí; cuando alguno de nosotros quedaba encariñado con una chica, y la relación se prolongaba, el otro no lo desdeñaba por un falso machismo.

El baile dejó de ser un paso incómodo, necesario en una seducción, o un torpe pretexto de acercamiento sexual. No. Bailar en un boliche nocturno era una vía para liberar impulsos —en ese entonces hacían furor el Pata-Pata, otros ritmos pseudoafricanos y la música *beat*—, impulsos que no se liberaban por la mera actividad física, racional o sexual.

Fieles a la filosofía adoptada (aquella de vivir la vida como un juego variado y alegre) no desdeñamos otros medios de explosión de los sentidos. Una noche en Flores, en la casa de mi amigo, nos dedicamos a la magia blanca.

Hecha una sesión de Raja-Yoga, Manuel me presentó un vidrio pintado de negro.

—A esto lo llaman Espejo Oscuro.

—A mí más bien me parece un faro de coche pintado de negro.

—¡Qué falta de imaginación poética! A ver si dejás de jorobar y prestás atención.

—Sí, venerado Gurú.

Me explicó que debía sentarme en posición de loto, mantener el espejo sostenido por los brazos sobre

las piernas y, relajado, voltear la cabeza hacia la concavidad.

—Ahora aflojate bien y mantené la vista en el fondo del espejo oscuro; no pienses nada...

Las luces de la pieza eran tenues, el aire ligero; pronto sólo existí yo —vacío— y el espejo negro. Sin resistirme fui cayendo en su profundidad. Una imagen resplandeciente apareció en el espejo o en mi mente (ya no se distinguía el uno de la otra); era un niño sentado, un niño pequeño de aspecto salvaje, lobuno. Tenía un grueso collar al cuello, sujeto a una cadena, que sostenía firmemente otra persona. Era un hombre-lobo, alto, fuerte, inmóvil. La bestia tenía algunos rasgos de mi padre; *era* mi padre. De pronto, un relámpago, un trueno, no sé exactamente qué, rompió la cadena; la figura del hombre-lobo se disolvió en la bruma, el niño salvaje se incorporó y corrió libre, alegre, feliz, embelleciéndose en la carrera.

Me desperté atontado.

—¿Viste algo?

—¿Qué?... Sí, vi algo, pero prefiero no comentarlo.

—Está bien. Ahora me toca a mí.

Manuel se sumergió en el mismo ejercicio. Yo, un tanto nervioso, encendí un cigarrillo, a pesar de que no acostumbaba fumar. Para distraerme leí al azar algunos libros de filosofía que había sobre un escritorio. Una hora después mi amigo seguía concentrado en el ejercicio, la cabeza gacha y los ojos abiertos fijos en el fondo del espejo.

No supe qué hacer; en la casa no vivía nadie más, salvo el abuelo de Manuel, cuando venía de Europa. Me cansé de esperar, en definitiva, y co-

mencé a escribir una nota de disculpa bastante irónica para irme después.

Manuel volvió en sí.

—¡Hola! —Sus ojos sonreían.

—¿Qué te pasó? Estuviste casi dos horas en trance.

—¿En serio? Estaba en un lugar tan hermoso que no quería salir de ahí...

El que nos dedicáramos a ese tipo de cosas no excluía lo intelectual. En su compañía aprendí a apreciar obras de cine y maestros que antes desdeñaba o simplemente ignoraba, como Bergman, Antonioni, Fellini y otros. Cierta día, en el reducto del Lorraine repusieron "La dolce vita", y Manuel insistió en que fuéramos aunque él ya la había visto.

Terminado el filme la gente salía lentamente, murmurando; muchos discutían sin haber entendido un comino, pero impresionados.

—Es impactante —comenté.

—Sí. Pero además profunda y variada como la vida. ¿Ves? Eso es el devenir, hermoso y triste a la vez, como los inmensos ojos del pescado muerto que aparece en la última escena, ahí tendido en la playa al amanecer.

—Esos ojos miran al vacío pero expresan la existencia, el mundo, el dolor —agregué, comprendiendo, quizá, la obra de Fellini y la naturaleza de las cosas. *De rerum natura* de Lucrecio, las oscuridades de Heráclito, las "Estaciones" de Vivaldi, expresaban mi triste alegría. Sí, para los seres humanos, mortales, el mundo es hermoso y triste a la vez.

Encaramos por ese entonces una lectura paralela y comentada de So-

bre héroes y tumbas, la exitosa novela de Sábato.

—No entiendo la razón de la muerte de Alejandra y Vidal.

—Yo sí —comenté, contento de ganarle de mano—. Alejandra mata a su padre, el paranoico, y se suicida por el fuego para consumir una expiación, porque Alejandra fue la ciega del laberinto. Hubo un sacrilegio de incesto que sólo podía ser purificado por el fuego.

—Me parece una tesis un poco arbitraria.

—Nones, el mismo autor te da la pista en la noticia periodística inicial; por otra parte, ambos entran una noche a la misma casa, Martín es testigo.

Examinamos la tesis de punta a punta, y Manuel acabó coincidiendo en que había sutiles indicaciones en la novela para afirmarla.

Algunos que lean estas memorias pensarán que no son nada más que las memorias de un viejo chocho recordando su dorada juventud. Sin embargo, aunque ha pasado mucho tiempo, no soy viejo.

Todo comenzó una noche en que fuimos a bailar a Cocodrilo con dos chicas conocidas. Si bien en el boliche se había mostrado activo y parlanchín, a la vuelta lo notaba frío y reservado. Traté de convencerme de que la bebida le había caído mal; hasta le ofrecí un analgésico que aceptó. Su acompañante circunstancial de esa noche, Carmen, me confió en otra oportunidad que no había pasado nada entre los dos.

No le hubiera dado importancia al asunto de no notar a mi amigo cada

vez más sombrío y silencioso, cosa insólita en él. Debí preguntarle mucho y con muchos rodeos para sacar algo en limpio.

Fue un día cuando esperábamos en Ezeiza al viejo abuelo Manuel que debía venir de Austria. Estábamos en la plataforma observación, los aviones y bosques se veían en la lejanía.

—Sucede —me respondió— que el juego se ha vuelto doloroso vez más triste y sin esperanza.

—¡Cómo! ¿Y aquello de la alegría como soda?

—¡Bah! Perdoname, no hagas caso. Hay épocas en que que la alegría es un engaño más; la risa, una pirueta sobre el vacío. Hay momentos en que uno no puede engañarse más; descubre que atrás de la ilusión no hay nada de nada.

—Hacete monje ahora. ¿No eras ateo vos?

—Nunca dije ser ateo; simplemente es que no creo. Entregarme a una religión sintiendo eso sería una hipocresía.

—Bueno, bueno —lo calmé—, no te lo tomes así, ¿qué le vas a hacer?

—Nada, y eso es lo peor. Uno es absolutamente impotente ante esto. Nada se puede hacer, ni siquiera matarse, porque de no poder hacer nada uno pasa a ser nada. O sea que hay que seguir el juego, volver a engañarse otra vez. Eso es lo que siente Marcelo en la última escena de “La dulce vida”.

—Nunca esperé oírte algo por el estilo...

—Sin embargo siempre recuerdo la fábula de Midas y Sileno. Te la voy a contar para que entiendas: el rey

Midas corría por los bosques al dios Sileno. Deseaba preguntarte cómo hallar la felicidad, porque un dios de los bosques tenía que saberlo; luego de mucho correr, y de soportar las burlas del duende, Midas lo atrapó y le preguntó cuál es el secreto de la felicidad. Sileno, irritado, le contestó: “¡Ah! Desgraciada raza de los mortales, lo mejor que pueden desear, luego de haber nacido, es morir cuanto antes”. Dicho eso huyó dando carcajadas ante el atónito rey Midas. ¿Te gustó el cuentito?

No le hice caso a la ironía y le repliqué con una de sus frases preferidas, que ahora era mía: —Decía Heráclito que el tiempo es un niño que juega a los dados, el Reino es de un Niño.

—Sí, pero de un niño eterno. No podemos vengar las injusticias de las cosas en escasos setenta años; no podemos conocer los secretos del laberinto en tan poco tiempo. La humanidad se acaba para cada uno con la propia muerte individual.

Renuncié a seguir combatiendo tamaña crisis de melancolía; me arrepentí de haberlo intentado, porque me contagió. Durante un lapso indefinido me confundí con el verde borroso del horizonte, hasta que el *jet* que aguardábamos aterrizó despaciosamente.

Conocí así al abuelo Unthentorsen, un anciano de castellano dificultoso e inteligencia alerta. En el trayecto de Ezeiza a Buenos Aires hablamos de varios temas; entre tanto Manuel seguía ensimismado, observando el paisaje. El abuelo era cordial y buen conversador, pero había algo

en él que no me gustaba; quizá esa sonrisa complaciente o los anteojos oscuros. Lo atribuí a su carácter de extranjero. Me equivocaba.

Los acompañé hasta la casa de Flores, en muy buenas relaciones el viejo y yo; incluso al despedirnos tuvo unas frases amables para la ciudad y sus gentes. Era todo un hombre de mundo; tenía algo de diplomático retirado.

Me fui contento, sentimiento que no me duró mucho. El día nublado, neblinoso, se transformó en lluvioso cuando abrí el portón de nuestra casa de Belgrano. Gruesas gotas se filtraban en la espesura del jardín, repiqueteando aquí y allá. No apuré el paso; por el contrario, seguí despacio un sendero lateral que se perdía entre ceibos retorcidos. Buscaba algo determinado, un viejo mármol lleno de recuerdos de “manchas” y “escondidas”. Era la estatua del sordo Sileno tocando la flauta. Creo que en esa oportunidad lo vi nuevo, misterioso, como lo veía en los tiempos míticos de la primera infancia. Sonreía, me miraba de reojo, ocupado en tocar su flauta muda. Lo miré un rato largo, esperando que me hablara en secreto, que la lluvia lo despertara. Reía.

Cuando entré por la cocina ya estaba todo empapado. Los sirvientes me miraron extrañados, pero saludé con un gesto y no hice comentarios. En la mesa mi padre me retó por salir sin impermeable. Comimos en silencio. Luego, al disponerse mi padre a ver el noticiero del mediodía mientras tomaba el café, me disculpé y me fui a mi cuarto. Pasé todo el día allí, viendo la lluvia de otoño, pensando.

Dos días más tarde, Manuel me llamó al atardecer. Lo insulté; todavía me duraba la mufa de Ezeiza. —Bueno... bueno... —me calmaba—. Date una vuelta por mi casa esta noche; te aseguro que se te va a pasar la amargura. Yo sé lo que te digo. Se trata de algo importante, fundamental.

—¿Fundamental? Bueno, bueno, está bien, voy. ¡Ah, che! ¿Cómo está tu abuelo?

Manuel se atragantó un poco: —Bien... se fue al campo; te manda saludos... Vení que te espero.

—Voy.

Fui pensando sin lugar a dudas en el “remedio para melancólicos” de un “programa” imprevisto. Era uno de esos tipos que nunca se sabe con qué van a salir. Pasadas las ocho, en plena noche, llegué a la casa de Flores.

Esperaba ansioso en la sala; me hizo pasar en seguida a ese cuarto donde practicamos magia. Estaba muy pálido y su nerviosismo vibraba en el ambiente.

—Pasá, sentáte —dijo automáticamente—, o no, es lo mismo.

Lo miré a los ojos. Estaba extraño; hablaba apurado, con dificultad.

—Mirá, mi abuelo me dejó la solución, es largo de contar, yo le expliqué, hizo bien, vos te vas a dar cuenta de que es lo mejor que podemos hacer, tenés los mismos problemas. —Hizo una pausa para respirar hondo y siguió, a pesar de mi gesto de incompreensión.— Mirá, mejor que no explique más, te vas a embarullar, y ya vas tener tiempo de entenderlo después... Total... No es nada. En resumen, yo necesito de vos y vos necesitás de mí.

—Pero ¿para qué? —pregunté alarmado. Parecía un petardo encendido, pronto a saltar.

—Es simple, vos sabés. —Sonrió de una manera maldita.

Yo, de pronto, por una intuición brusca, me di cuenta de todo. No lo podía creer, estaba espantado, pero, sí, lo quería... Lo necesitaba. Fue algo así como un trueno, como un relámpago.

Enfermé enseguida. Durante veinticuatro horas de la fase aguda estuve absolutamente inconsciente; no sentí nada luego de la conmoción inicial. Los síntomas están perfectamente determinados por nuestros expertos; la medicación obtenida en largos años de investigación cuidan que el inoculado pase con éxito y sin dolor la fase crítica de disminución fisiológica. No bien sobreviene la reacción contra el virus, que es muy acelerada, gracias a lo dicho, el metabolismo se equilibra perfectamente a un nivel muy bajo. Según los expertos ese equilibrio exacto, invulnerable, es la clave, ya que la materia celular no se deteriora en absoluto, si he comprendido bien la explicación. Conservamos, eso sí, una temperatura baja y ritmo cardíaco lento, que —una vez ocurrida la adaptación— no es ninguna molestia, salvo la razonable palidez y las fáciles insolaciones.

No somos tan contagiosos ni agresivos como las mitologías populares dicen; son muchas las supersticiones al respecto, algunas son ciertas, como las que señalan nuestra afición por la oscuridad y el especial

robustecimiento de nuestra estructura ósea, o la que murmura acerca de nuestra forzada actividad vital. Otras son completamente falsas, como la que señala nuestra inclinación a contagiar gente para hacerle daño, o nuestros hábitos alimenticios. No dudo de que en tiempos de supersticiones o ignorancia los antecesores habrán incurrido en actos que dieron motivo a ese tipo de habladurías, pero hoy somos modernos, organizados y muy éticos, a nuestra manera. La Fraternidad Mundial es una sociedad planificada, y sólo permite el acceso de nuevos miembros luego de cuidadosos estudios sobre sus condiciones psicológicas, morales y filosóficas, más el deseo expreso del aspirante. Mi admisión, previo el consentimiento dado a Manuel, requirió largos trámites, impulsados por el abuelo de Manuel, que fue diplomático austro-húngaro hasta 1918 y ocupa un alto puesto en la Fraternidad.

Si yo no hubiese servido, o me hubiera arrepentido, se me habría suministrado el antídoto y sería de nuevo un simple y común mortal; ésa es también la pena para los que inoculan sin autorización, pero no se conoce ningún caso en los últimos cincuenta años. Que la solicitud haya sido aprobada es un gran honor para mí.

Son muchas las cosas que debería decir para finalizar la historia de mi transformación, que es también la historia de Manuel, pero confundirían al lector. Agregaré, sí, que en mi estado actual no me hago más problemas sobre dioses o platonismos, ni tengo angustias existenciales. He encarado una metódica investigación subven-

cionada por la Fraternidad, sobre teoría de las ciencias, que me llevará no menos de cien años, lo cual es poco. No tenemos ningún apuro. El cambio total de mi vida enfureció a mi padre; mi falta de concurrencia a misa, mi desinterés por la empresa familiar y por seguir su modelo lo dejaron estupefacto hasta su muerte. A mí su actitud me resultó indiferente; lo dejé morir cuidándome mucho de iniciarlo, de revelarle el Secreto. También le he perdido el miedo a los problemas de la vida y de la muerte, pues como mortal he terminado, y la vida se define por contraposición con la muerte, al menos la vida angustiada que yo vivía. Para una persona con sólidos sentimientos religiosos la solución puede

ser dedicarse a la inmortalidad del alma; pero para un inmortal como yo no hay vida, ni muerte, ni angustia. Sólo la sonrisa helada de un Sileno, y no de piedra.

Alguna razón tuvieron los antiguos para representarnos así y con otras formas que, por intentar expresar algo que excede la imaginación humana, no siempre fueron de buen gusto.

No tengo quejas, aunque —recordando la sentencia de Montaigne que coloqué de epígrafe— de cuando en cuando una perplejidad tintinea en mí: ¿no es curioso que la única solución, el único remedio, sea la Enfermedad?

© DANIEL BARBIERI, mar. 1970 - mar. 1985.



DANIEL BARBIERI

(Argentina —Buenos Aires, 1951-2004—)

Este cuento de BARBIERI (seudónimo de DANIEL MARIO ARTURO CROCI, fundador del *fanzine* **Nuevomundo**) se publicó originalmente en la antología de DANIEL CANTEROS, *Fantasía y ciencia ficción* (Bs. As., Editorial Setiembre, 1995).

En **NM** también se reeditaron sus cuentos *Él vendrá por mí a medianoche* (nº 1) y *Vida artificial* (nº 3).

EL RUIDO

MAXIMILIANO SAMBUCETTI

Ciertas veces, en el clímax de alguno de esos sueños que de vez en cuando suelen atormentarnos por las noches, nos obligamos a despertar aferrándonos a la cordura.

Hace unas mañanas, cuando amanecí desnudo y solo en la habitación de un albergue transitorio, hubiera deseado, más que nada en la vida, que esto que ahora sé, ¡y que tantos de ustedes conocen, infames!, hubiera sido un sueño, porque desde entonces no encuentro formas de aferrarme a la cordura.

Abrí los ojos y los espejos cóncavos que configuraban la estructura del techo me devolvieron mi propia imagen. Nunca antes había pasado del sueño y la vigilia con la posibilidad de contemplarme en esa delgada línea.

—Así debo ser cuando duermo —dije en voz alta. Aproveché para observarme y reconocirme, ya que no recordaba bien ni mi rostro ni mi cuerpo.

Dicen que tengo una infección y que por ello mi memoria selecciona imágenes a conveniencia. También dicen que me evado y que no quiero ver la realidad.

Yo no creo ni lo uno ni lo otro; hago lo que puedo y trato de vivir libremente.

Lo primero con que me identifiqué en los espejos fue con las bolsas negras debajo de mis ojos; un rasgo muy característico, que nunca me abandonó. Continué reconociendo la sequedad de mis labios y entendí que durante la noche habría ingerido más de una botella de vino. Me miré los testículos, blandos, flácidos, y me miré el pene que, igual a un ebrio, descansaba ajeno a los problemas del mundo.

Un televisor incrustado en la pared me mostraba a dos mujeres hermosas que se acariciaban y se lamían las lenguas. Me fascina que las mujeres se besen; me pierdo, y me parece de lo más recomendable.

El ebrio de entre mis piernas se levantó para compartir conmigo las imágenes. Y yo no quise desaprovechar una erección tan espontánea, así que lo acogoté con la derecha y me masturbé raudo como la brisa. A cómo se venía presentando el día, no consideré justo malbaratar momentos y bajo circunstancias tan aciagas pretendí sacar el máximo provecho.

Ya de pie me sorprendí de las ventajas de los espejos cóncavos: en el techo podía verme el torso y la espalda a un tiempo, con la misma claridad que si se los observara de frente.

—Una joya arquitectónica —dije otra vez en voz alta. Acto seguido me acerqué la mano a la boca y soplé haciendo rebotar el hálito mañanero hacia la nariz.

Creo que fue entonces cuando escuché el ruido: *crac*. Fue un sonido ínfimo, pero pude percibirlo perfectamente: *crac*. Un ruido como de traba que se destraba, similar al de la apertura de un frasco de mermelada, justo detrás de mi cabeza, en un punto fijo entre el occipital y la calota. Punto que veía con exactitud en los espejos cóncavos.

Imaginen lo que experimenté cuando descubrí que, tras el ruido, la parte superior de la cabeza, la tapa del cráneo, se había desprendido del resto: una línea circundante de apenas milímetros separaba ambos hemisferios.

Me desesperé, claro; una cosa es seleccionar imágenes y recuerdos, una cosa es andar por la vida libremente, una cosa es evadirse, pero tener una traba en la cabeza que permite abrirla al medio, sin más ni más, no es una cosa. Ni otra cosa es. Es una hijaputez.

Metí los dedos por la línea ecuatorial de mi cabeza y, asiendo con fuerza entre mis dedos la parte superior del cráneo, lo levanté cual si fuera un casco: la locura, el horror, la pérdida total de la esperanza.

Hubiera querido despertar, ¡hubiera querido que todo fuera un sueño, infames!, pero esto era realidad vívida, y despertar de la realidad vívida implica locura o filosofía.

Tenía la calota en mi mano izquierda; las reacciones químicas del cerebro se manifestaban a la intemperie. Sin desearlo y sin dar la orden metí la mano en la cavidad craneal que sostenía con la izquierda y comencé a limpiarla por instinto. Movimientos ignorados y escondidos se desarrollaban sin que yo pudiera hacer nada para detenerme.

“¿Acaso soy una puta máquina?”, pensé.

Pero mi cuerpo no me daba respiro y yo seguía arañando el casco. Le arrancaba hongos como Portobellos, y grandes cantidades de cera y de aceite se me pegaban a las manos. Y para colmo los olores, olores a muertos con claveles, a niños envenenados, a vergas con costras de pus.

Vomitó. Claro, cómo no iba a vomitar, infames: ¡cabezas desmontables!

Tras un estado de reflexión profunda el sinsentido del mundo pasó a ser más riguroso que antes de oír el *crac*. ¿Estaba loco o esto también estaba estipulado en el contrato de la vida?

Hacia las tres de la tarde acabé con la limpieza del casquete y salí como si nada.

Anduve días inmerso en una realidad paralela. La tonsura de mi cráneo se había soltado y no podía comprender qué carajos significaba. Las preguntas qué, para qué, a dónde, que se hacen los hombres justos no eran ya nada para mí. ¡Infames! ¡Autómatas!

Una mañana no aguanté más y se lo comenté a una compañera del trabajo.

—No sé si a vos te habrá pasado o si escuchaste de algún caso similar... pero la otra mañana...

Y le referí los hechos tal cual lo hice hasta ahora.

—¿Pero vos sos pelotudo? —me dijo tras escuchar el relato—. Jajajaja —reía y tronaba.

—¿Te creíste el cuentito del conejito de pascuas también, huevón?

—No entiendo —atiné a decir.

—¡Ay, qué lindo! —continuó—. Sos como un nenito, ¡qué ternura!

”Mirá —dijo y se dio unos golpes en la cabeza. Crac, y luego me mostró su calota.

Yo no podía creerlo; me la mostró por dentro y refulgía.

Me contó que todos nacemos con la “trabita” y que es una cosa hermosa cuando pasamos a la adolescencia y la descubrimos y aprendemos a limpiarla; que así dejamos de ser chicos para convertirnos en adultos.

El caso es que yo ya tenía treinta años y me descubro una tapa en el cráneo, que está llena de hongos.

—Tenés que limpiarla una vez por mes —continuó—, si no se te llena de hongos y puede afectarte al cerebro. Sin ir más lejos, ayer estuve en casa de mamá, y como la pobre esta cuatripléjica la tuve que limpiar...

Y bla bla bla. La dejé hablando sola.

Me senté en un bar y medité.

Entendí por qué a veces, en la mesa familiar, papá o mamá se sentaban a comer con el cerebro al aire libre. O

por qué a veces en el lavavajillas había una o dos calotas. Entendí el crac, crac, crac en el colectivo de gente que se aireaba el cerebro. Entendí por qué mi abuela, cuando yo tenía quince años, me miraba fijo y me decía: “¡Qué olor a podrido! ¿No habrá algo para lavar por ahí?”, y yo me ponía a fregar las rejillas, seguro de que el olor era de las cloacas y no de mi cabeza podrida.

En todo caso agradezco la infección, que me ha provocado esta memoria selectiva, porque hasta acá he sido un hombre libre.

No sé si somos máquinas, partes de un todo esenciales para su funcionamiento, o cuerpos prefabricados. Pero con esto se les ha ido la mano: vivir así, con tonsura desmontable y ni siquiera inmutarse... No merecen estar... ¿vivos?... vivos.

Agradezco al cielo mis pocas condiciones perceptivas, tal vez fruto de las infecciones provocadas por la mugre de mi cráneo, que me permitieron creer hasta hoy que era un hombre libre.

Haberme creído libre hasta hoy me hace distinto a ustedes. Yo supe aunque más no sea de una manera ¿real?, ¿irreal?, lo que es ser un hombre libre. Infames. Y eso quería decirles.

© MAXIMILIANO SAMBUCETTI, 2007.

MAXIMILIANO FEDERICO SAMBUCETTI
(Argentina —Buenos Aires, 1978—)

Comenzó a escribir conmovido por las pasiones que despertaban en él las exquisiteces de POE y las leyendas mitológicas. Admirador de PUSHKIN, DOSTOIEVSKI y GOGOL y de MAUPASSANT, FLAUBERT y DUMAS, entre otros, publicó el libro de cuentos *Todo, menos el culo* (Ed. El Escriba, 2006).

HUESOS

DIEGO ESCARLÓN

De Perlita sólo me queda esta pila de huesos, blanqueándose al sol ardiente del desierto. ¿Cómo puedo decirle que fue un error? ¿Me estará observando? ¿Podrá perdonarme? Verónica se va a querer morir cuando se entere. Probablemente ya lo sepa. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Es difícil darse cuenta en este infierno.

¡Si sólo el imbécil de José hubiese hecho bien su trabajo! ¡Estúpido! Ni mil muertes son suficientes para él. Debería haber ordenado que mataran a su esposa y a sus hijos, así nunca más nadie de las Familias volvería a equivocarse. De todas formas ya es tarde para mi Perlita. ¿Cómo iba a entender, si sólo tenía trece años? No, no es excusa. ¿Qué diablos hacía de noche en casa de su amiga? ¿Por qué Veró-

nica no sabía que su hija tenía una amiga fuera de las Familias? La chica debe tener la misma edad que Perla. ¡José, José! ¡Me alegra saber que te vas a pudrir y sufrir por toda la eternidad! ¿Cómo pudiste confundirlas?

Los órganos de Perla ya deben haber sido vendidos a las clínicas, del otro lado de la frontera. Espero que hayan llegado en buen estado porque es un viaje largo y a veces se echa a perder la mercancía. Recuerdo que una vez estaba en un restaurante, tomando tequila con el jefe de policía y el juez. Les dije: “¿Se dan cuenta de que con cada presa salvo a cuatro o cinco personas y les devuelvo la vista a otras dos más? ¡Lo que hago es humanitario!”. ¡Cómo nos reímos! El jefe de policía habría podido averiguar a dónde fueron a parar

DIEGO ESCARLÓN

(Argentina —Buenos Aires, 1971—)

Además de prestar una colaboración invaluable para **NM** (junto con BÁRBARA, gestó el cambio de cara de la revista), DIEGO también se dedica al dibujo (ver **Axxón** 108) y tiene varios cuentos publicados en ella.

los órganos de Perla. Pero, ¿qué hubiera hecho yo con esos pinche gringos? ¿Adorarlos o matarlos? ¿Podría mirar a los ojos de un desconocido sabiendo que son los de mi Perlita?

José, espero que los demonios te hagan sufrir más que a mí. Sé que te tienen aquí en algún lugar. Ojalá pu-

diera partirme otra vez el cráneo, pero no creo que ellos me dejen: sería un placer.

Perla, ¿cuántos siglos me tendrán contemplando tus huesos?

© DIEGO ESCARLÓN, 2007.

TRAZOS DE AYER: MALAR

Ilustrador argentino que trabajó casi en su totalidad para Editorial Acme, sus colaboraciones se publicaron en **Rastros**, en sus suplementos, y en **Pistas del Espacio**, desde fines de los '50 hasta los años '70.

Sus dibujos planos, algunas veces poco inspirados, y con figuras minimalistas, sin embargo resultaban muchas veces atrayentes por su colorido. Las obras más elaboradas de este autor ilustran damas en peligro y naves de corte *naïf*, un estilo con el que parece mimetizarse.

En un debate realizado en el Centro Cultural Discépolo, del barrio de Boedo (Buenos Aires, Argentina), se recordó a fines de 2005 a los ilustradores de la Editorial Acme, y entre ellos ALFREDO J. GRASSI, su hijo ALFREDO ERNESTO GRASSI y el dibujante FRANZ W. GUZMÁN expusieron puntos de vista y remembranzas sobre los dibujos de este particular tapista.



© CHRISTIAN VALLINI, 2007.

CARMIÑA “RELEASE” 2.0

MARCELO C. CARDO

Por aquel entonces tenía quince años y vivía con un chico bastante mayor que yo (técnicamente estaba “huida” del orfanato). Él me enseñó todo lo que sé. Moldeó mi personalidad. Hasta me dio un nombre: Carmiña Sheridan.

Nunca lo dudé: cuando me lo pidió, abracé su religión. Era un miembro importante de un grupo de vampiros informáticos conocido como *Bastards Chasers of Information*, y yo me convertí en su *newbie*.

“La información es poder”, siempre me decía, “nunca lo olvides y de ella te alimentarás”. Ese único postulado fue la piedra basal de mi educación.

El aprendizaje no fue nada fácil, tomó mucho tiempo y dedicación, pero al final rindió sus frutos. La red terminó siendo una extensión de mi cuerpo. Puertas traseras, agujeros de seguridad y *bugs* existentes no me eran desconocidos ni difíciles de encontrar. Poco a poco me fui ganando un lugar en el clan y, con el correr del tiempo, llegué a estar al mismo nivel que mi mentor.

Pero, ya se sabe, lo bueno no dura para siempre y menos en este negocio. Un día, mientras volábamos por la red en busca de algún *lúser* a quien drenarle información, nos topamos con unos “ciberokupas” poseedores de algunos datos que podían sernos de interés.

En apariencia parecían inofensivos, pero no era así: se trataba de una trampa. Ni bien mi maestro comenzó a alimentarse de la mujer que los dirigía, esa caterva de marginados sufrió un *upgrade* y se invirtieron los roles. Yo logré escapar y volver a mi cuerpo.

Desenchufé la conexión USB que me unía a la red de mi cuello y corrí hasta donde se hallaba el cuerpo de mi compañero. Él no tuvo la misma suerte: su cerebro fue formateado. Terminó en una institución para zombis mentales.

Juré buscar a los responsables y castigar a aquellos que me habían quitado a la persona que me había dado todo. En especial a esa mujer que lo había vaciado.

Desde ese día intensifiqué mi entrenamiento. Poco a poco fui escalando posiciones en el ciberespacio. Muchas personalidades importantes venían a mí, querían formar parte de mi progenie informática. Todo el mundo ambicionaba asistir a mis fiestas virtuales. ¡Pobres fracasados! Nadie sabía cuáles eran mis intenciones ocultas. Lo único que me movía era la venganza.

Me trasformé en una persona con poder, pero a pesar de ello nunca pude encontrar datos que me llevaran a esa mujer. Se había desvanecido en el aire.

No obstante, no perdía las esperanzas. Algún día descubriría su paradero.

Una noche, mientras me alimentaba de un *geek* que se acercó a mí en busca de reconocimiento, su imagen se formó en mi mente. Había encontrado a esa desgraciada.

Por lo que supe, era una dama muy importante en las altas esferas. Se la conocía como la Reina Roja. Se dejaba ver muy poco por la red. Sólo una vez al año se presentaba en público en un gran festejo virtual que ella misma organizaba para dar la bienvenida a sus iniciados. A él asistían personas muy importantes de todos los rincones del ciberespacio.

Era hora de mi resarcimiento. Pero no podía presentarme así como así; tenía que lograr que me invitaran. Manipulé a algunos de mis contactos y en pocos días, al revisar mi correo electrónico, hallé la invitación con un *link* al sitio donde la reunión tendría lugar.

Llegó la noche. Me conecté y comencé con los preparativos para el evento como si se tratara de un ritual.

Cargué las especificaciones para mi vestimenta:

```
SELECT vestido, cartera, zapatos
FROM Prada™
WHERE color = escarlata;
```

Retoqué mi imagen con Photoshop™: un poco los ojos y la cintura. Me miré en el espejo. Estaba lista.

Ingresé el *link* con la dirección de la fiesta.

Me vi parada ante una gran puerta verde de doble hoja. Tecleé mis datos:

```
USER: Carmiña Sheridan
PASSWORD: Némesis
```

Aguardé tan sólo unos instantes. La puerta se abrió e ingresé al salón.

Vi que mucha gente allí se divertía y entre risas y música todo se confundía. Separados en pequeñas agrupaciones, los presentes hablaban o intercambiaban opiniones en forma acalorada. Asistentes recorrían los grupos. Servían tragos con alta graduación informativa y pastillas de datos a aquellos que las necesitaban. Intenté socializar un rato.

De pronto, la música dejó de sonar. Todos callaron y fijaron la vista en unas cortinas al fondo de la habitación. Éstas se descorrieron y apareció la Reina Roja flanqueada por dos de sus esbirros. Caminó hasta un

sillón ubicado en el centro del cuarto, donde tomó asiento.

Me excusé con las personas con las cuales hablaba y me retiré. Sin que nadie me viera me escabullí tras el telón de fondo para ver qué había de ese lado. Encontré un corredor que terminaba en una única puerta. Me dirigí hacia ella. No estaba cerrada. La abrí y en el interior me topé con diez personas encapuchadas que parecían en estado de trance. Sin pensarlo, decidí ocupar el lugar de una de ellas. Elegí a una de mi talla, usé su túnica y la escondí en un armario. No ofreció resistencia.

En el mismo instante que terminé de acomodarme la capucha, entraron los secuaces de la Reina y fuimos llevados al salón principal. Allí nos dispusieron en círculo alrededor del trono de “Su Majestad”, quien se puso de pie y dijo: —En nuestra hermandad es necesario correr en pos de la información todo lo que se pueda para mantenerse en el mismo sitio, y si quieren escalar posiciones deberán hacerlo por lo menos el doble de rápido.

”Eso sí, nada es gratis: *quid pro quo*; si quieren ser parte de mi estirpe, tienen que dar algo a cambio. Alimentar para ser alimentados. Los riesgos son muchos pero, si pasan la prueba, los beneficios serán aún mayores.

”¿Están dispuestos a afrontar los peligros?

—Sí, mi Reina —respondieron diez almas al unísono.

—Que comience la iniciación.

La reina extendió sus manos; sus dedos crecieron y, cual cables, ser-

pentearon hasta conectarse en nuestros cuellos.

El juego había comenzado.

Uno a uno mis acompañantes en esa rueda iniciática cayeron vaciados. “Más carne para el instituto para zombis mentales”, pensé. Una vez formateados, los dedos retráctiles volvían a su posición original. Menos el mío que, cual cordón umbilical, me unía a la Reina.

Era el principio de la batalla final. Gracias a mi arduo entrenamiento pude bloquear, de a uno, todos sus ataques. No permitiría que me robase la información de mis recuerdos. Sólo le dejaría tomar aquello que, como contrapartida, me permitiera arrebatarle algo a cambio. Era muy fuerte; su poder parecía arcano. Una sucesión de imágenes difusas atravesaba mi mente. Tenía que encontrar una puerta trasera que me diera acceso a la suya.

Jugué uno de los ases que escondía en mi manga. Le dejé ver mis recuerdos sobre el momento en que había secado a mi maestro. En ese instante noté que bajaba la guardia. Las representaciones mentales se volvían más nítidas y me fui apoderando de ellas. Estaba dentro. Desde los datos más recientes hasta los más antiguos pasaban a mí. A medida que me acercaba al epicentro de su cerebro me apoderaba de aquella información que más atesoraba, sus recuerdos más oscuros.

Ya casi había ganado. Su último recuerdo, la información más preciada, aquella alojada en el núcleo, empezaba a dibujarse: la vi joven, cuando todavía no era nadie, con un bebé

en sus brazos frente a una puerta. Depositó a la criatura en el umbral: una niña. Llamó y, sin esperar respuesta, se alejó del orfanato, el mis-

mo en el que yo me crié y del cual había escapado.

© MARCELO C. CARDO, 2007.



MARCELO C. CARDO
(Argentina —Lanús, 1967—)

Cuando se acercó para colaborar con **NM** era un escritor novel, participante del taller literario de Los Forjadores, con alguna colaboración en la revista en la que incluyen los cuentos que resultan de sus ejercicios. No obstante, en el ínterin, *Carmiña “release” 2.0* mereció la publicación en línea, como cuento destacado, en el Concurso de Cuentos “Ciudad Escarlata”, organizado por el portal Vampiros.cl (<http://www.vampiros.cl/ciudad/>).

Sus autores favoritos son H. P. LOVECRAFT, STEPHEN KING, PHILIP K. DICK, DAN SIMMONS y CHRISTOPHER PRIEST.

CUIDADOR DE ESTRELLAS

ADRIÁN N. ESCUDERO

*A la Redención, y al Poeta de Nazareth,
quien nos amó cuando todavía éramos pecadores...*

I – Antigua Alianza

*Ahora, duelen las rocas. El horizonte
en calma.*

*Sexto día y la victoria clama
tras la nube malhechora de insectos
que abreva como ganado sobre
la sangre derramada. Y un abrupto
silencio tremola a su lado, confun-
diéndolo...*

Elías era un hombre (¡Dios!, ni más ni menos). Y el día de la Guerra era hoy extrañamente dulce miel de la mañana y luminoso.

Brillante.

Manjar de condenado el leve roce de la brisa en tierra palestina; un susurro aventando apenas el recuerdo de Canaán y el silbido de las espadas caldeas, macedonias y romanas, y el tronar de las huellas bizantinas, árabes y turcas heredadas por Jordania.

Gruñe en sus oídos el estruendo de la tierra rota a desdentadas de misil, y una quietud tardía y cansada, como él, late firme en sus sienes y lo

deposita inerte sobre la aridez del paisaje.

Elías, profeta y soldado, marcha mientras observa cómo ese Sol furioso, brillando en lo alto, descarga también su energía insolente contra el estiércol de arena y huesos de aquella tierra sucia, disputada y mezquina, agobiada como él, cuyas historias agreden sus recuerdos...

La brisa lo conforta apenas; pero la compasión hacia el paisaje amarillo y vejado se transmuta en dolor. Un gemido aúlla desde el perfil agujereado de su cuerpo macilento, intoxicado por el zumo agrio y espeso que discurre por la carne forrada de gria para el combate.

Entonces, se detiene. El horizonte, todavía, en calma.

Toma conciencia de su extremo agobio y caminar sin rumbo cuando gira, con lenta y vaga prisa, la cabeza hacia atrás, deseando —como Lot— convertirse en estatua de sal y acabar con todo de una buena vez...

Sus propias huellas, pesadas y umbrías, le aceptan la mirada distrayéndolo, por un breve instante, del sofocante aquelarre ritual que arde como enceguecido en la enorme quietud del Desierto.

El Desierto: territorio endemoniado bajo la forma de un macho cabrío en impropio descanso de furia y arrebatos, antes de la próxima tormenta que desatará sobre la arena...

Sin embargo, es sólo eso: un instante. La zona del desastre y el principio de la huida le fracturan la mente atribulada por los cruentos episodios vividos. Finalmente, con un grito horrorizado bosquejado en la nada amarilla, se asila en los pajajes de aquel silencio extraño...

Necesita pensar.

Vuelve a cerciorarse. Sí, el horizonte —sigue— en calma.

“Elías, ¿duermes?”, pregunta alguien.

“No. Sabes que no lo hago desde que acepté el puesto. Y hace de esto como un tiempo sin medida?...”, responde.

“Sí; cuando mis pies, mis brazos y todo mi cuerpo se consuman, mi cabeza dormirá. También lo sabes”, aclara.

“¿Y tu miedo?...?”, inquiera alguien.

“Creciendo. Soy honesto. Sufro mucho”, contesta. Y agrega. “Pero sin locura. En paz. Como una semilla que debe morir para dar fruto. Y del bueno. Aunque no pueda distinguir los límites entre lo que he sido, puedo llegar a ser o seré. En realidad,

creo que este vaivén del infinito que me aturde en esencia y me sorprende —muy a mi pesar—, lo intenta, trata de explicarme quién o qué Soy, o Seré. Pero no dormiré; todavía no, te lo aseguro. Hace rato he aprendido que la prudencia divina se sustenta en el amor; la humana, en cambio, en la cautela, prima del temor o del terror”.

“Entonces, come y bebe. ¡Levántate! Aún tienes mucho por hacer!”.

Y el duende espumoso, inaugurando un rito que después repetiría con Isaías y con la Encarnación misma en sus cuarenta días y noches de prueba en la estepa hebrea, dejándole pan y agua para fortalecerlo, se alejó del lugar...

Isaías, a su modo, envidia al Sol.

Su fuego no es el fuego de la Guerra. Semeja más bien al fuego del Espíritu Viviente que lo mantiene alerta.

Así piensa mientras el aire enrojado de Ramat trata inútilmente de escapar por la hambrienta nariz. Debajo, una boca gruesa y maloliente mezcla disgustos con incesantes oraciones?...

Y éstas parecen triunfar sobre aquéllos, cuando, desde un mar muerto, vuelve a sembrar turbulencia el paso delgado de una brisa con aliento de sal.

Y el profeta y soldado escucha, y siente, estremecido, el manso roce de su aliento untando con promesas de sanación el costillar derecho hendido de raíz. Fea herida. Fea y corrompida.

Y nuevamente experimentar la soledad de los que señalan a otros el camino. Claro que ahora desea unirse al vuelo firme de aquel viento absurdo y alcanzar al Sol para estallar con él, y volverse... ¿finalmente?, luz.

II – Nueva alianza

“Abba”, murmura en la fracción de segundo que lo acaba de separar de su pascua de vida a muerte-Vida.

No sólo el sudor cuelga de la cruz que lo retiene enclavado. También hay agua y sangre; mucha sangre manándole por el cuerpo desfigurado a latigazos romanos. Y el aire enrojecido de Ramat se libera y zumba en sus oídos confunde su mente y le impide pensar. Como antes, cuando todavía era un hombre más en la tierra de los vivientes...

Ahora no es el Sol quien lo espera, sino la oscura y furiosa implosión del Averno, y todas aquellas manos que se estiran hacia él, buscando escapar del pozo sin fondo donde el Ángel Caído ruge de desesperación, pues teme quedarse ¿finalmente? solo.

Elías, escondido en el Ungido, será siempre un sabio Cuidador de Estrellas o Doctor de Mundos. A imagen y semejanza del Dueño de Mundos.

¿Por qué? Porque tiene una especial habilidad para ello. Un don inexplicable. Un carisma selecto que lo distingue para dicho oficio singular.

El Dueño de Mundos así lo ha dispuesto. Como ha dispuesto que todos los cuidadores habiten, al reti-

rarse, las extensas praderas de Mundo Sereno.

Hay además quienes custodian entes y fumarolas. Espectrales criaturas centinelas de la Sala de las Memorias donde las almas de lo Humano, probadas en lo Creado, autojuzgan la calidad de su existencia, para perpetuarse o no en el Misterio de los Cielos o calcinarse —¿finalmente?— en las llamas del Averno.

Y hay quienes programan y controlan la gestación y fin de los planetas, lunas y asteroides, renovando o extinguiendo especies y recursos, adecuando hábitats y escribiendo la historia invisible de la inteligencia cósmica, sin desmedro (como parte de un Misterio inefable) de la libertad donada al infundir “vida” a las cosas y seres inteligentes que los habitan.

Tarea importante. Más aún la de Elías; es que, sin estrellas, toda la materia no sería, sino, *nada más que Nada*.

Pero Elías no sólo cuidaba de su propia Estrella. Como Doctor, también era el encargado de velar, en general, por Mundo Sereno (una suerte de pastoreo de almas purgadas y santificadas). Y de Mundo Génesis, en particular (una especie de pastoreo de almas encarnadas conforme al singular *sueño creacional* de...).

Elías, vuelto mesías o mano derecha fiel del Dueño de Mundos —*a Quien su izquierda le había traicionado, rebelándose contra sus leyes y desatando aquella Guerra infernal*—, tenía en Mundo Sereno al Mundo que

lo acogía y sublimaba, y desde donde velaba por todos los Mundos Creados. Especialmente, por Mundo Génesis: el más débil fruto del amor inaudito de Yosoy.

¿Y cuándo llegó Elías a ser un sabio Cuidador de Estrellas?

Cuando, *en el Alfa que preanunciaba el Omega*, el Dueño de Mundos confió a su Verbo el destino de Doctor de la Estrella que daba vida a Mundo Sereno. Estrella unigénita y primordial, a quien Él llamó Aliento de Palabra; para luego destinarlo al rescate de Mundo Génesis, signado por una muerte inexorable a manos de... sino...

Sí, había un cariño grande de su Padre por ese Mundo de seres espirituales encarnados...

Arropado en carne como uno más de sus habitantes, supo por qué. Y también los amó; los amó tanto que...

"Pero aún no dormiré", dijo, aunque de su boca las sílabas balbuceadas fueran: "*Todo se ha cumplido*", empezando ¿finalmente? a morir...

¿Y Quién pudo explicar lo que le sucedió al Tiempo después de la E-popeya?

Su dormición duró como tres vueltas de Mundo Génesis sobre sí mismo; hasta que, un ruido, en lo Alto, como una esquirla desprendida del cementerio amarillo de piedras y huesos que lo rodeaba, y que, de pronto, cobraba vida en torno a él, le hizo levantar la cabeza y salir del sepulcro donde estaba sepultado...

El Sol, estrella inmensa, pareció anular su gesto de sorpresa, pero no evitó que comprendiera la causa del estallido sobreviniente al clamor luminoso que despedía —como otro Sol— su Cuerpo Nuevo —ya— glorificado...

Sí, un pequeño cohete se estrellaba a lo lejos, buscando el objetivo...

Por allá, vomitando sobre las ruinas futuras de Israel y el Líbano, y condensado en hilos electrónicos, respuestas computadas, energía nuclear y orgullosa dinámica, un misil diminuto destrozaba sin piedad los símbolos del necio pensamiento y quehacer humano, al modo de hoz cosechadora esgrimida por un Ángel Exterminador...

O el Fin de los Tiempos del Tiempo.

III – Sacrificio

Aún enhiesta, su Cruz resistió suspendida como Patíbulo donde el Amor levantado en Alto concluiría atrayendo como magneto espiritual, a todo error o pecado cometido por los Creados, permitiendo a Mundo Génesis volver a comenzar.

"*No lloren por mí, hijas de Jerusalén. Lloren más bien por ustedes y por sus hijos*", recuerda haberles advertido, sabiendo que muchos serían los llamados y pocos los elegidos...

Bendita (¿maldita?) libertad de los Creados. Sí, claro que memora aquel mágico instante en que guardó su cabeza hirviente de espinas entre dos rodillas despellejadas, como cuando descubrió y atrapó y comió su primera lagartija errante durante la Cuaresma,

aturdido por el despecho del Ángel Caído, puesto a tentarlo a renunciar al soberano oficio de Cuidador de Estrellas; a la misión para la que hasta había tenido que nacer a Mundo Génesis, semejándose en todo —menos en lo malo— a aquellos a los que su Padre amara y amaba, inexplicablemente...

Dios celoso por ellos. Ángel celoso de Dios por ellos.

Pero, “¿qué es el hombre para que tanto te acuerdes de él?”, preguntaría en salmo la Humanidad entera, en gesto real y antecesor a la prudencia con que Yosoy trataba a los hombres desde su libertad...

Lo supo al nacer de mujer virgen.

Desde Belén observó a la Estrella Primordial de cuyo cuidado había sido, por el momento, relevado, y comprendió su nueva realidad...

Fue un vagido que sólo el Arcángel y sus huestes, y el Caído y sus huestes, sabrían descifrar. Y vio la Espada del Amor clavada en el pecho de aquella mujer niña, y no dudó en arrancársela y blandirla hasta el Fin de los Tiempos. Celoso por ellos.

La batalla comenzaba.

IV – Parusía

¿Volvería a suceder?

¿Dios mío, cuántas veces?

“*Setenta veces siete*”, escuchó.

Y la primera secuencia de una serie de infinitas Parusías lo enredó en su trama.

Quizá el día en que el duende vino a visitarlo, lo supo. Y lo vio. Vio hacia el fin de su Segunda Venida y

en el contexto de las Setenta Veces Siete Venidas, otra vez sus manos y pies resecos, y el polvo etéreo de sus huesos esfumados sin retorno.

Fagocitado por el Yo Invisible que recrea sin tiempo lo creado, se vio. Aunque parte de su nuevo ser comenzara a manifestarse (cruentamente herido y sospechado, y luego muerto y enterrado, pero en modo diferente cada vez, cada vez, cada vez... setenta veces siete, cada vez), como un Ave Fénix de la mitología de los inconmensurables pueblos en crecimiento de tantos Mundos Génesis fundados en cada sitio del Universo donde la forma y la materia habita burilada como especie libre e inteligente.

No obstante, las palabras del Ángel Mayor, que entrenaran sus nervios para la locura y el valor en los Montes Getsemaní, lo golpean.

Debe entender que, al final, habrá vencido. Pero esas palabras se les enquistan en el fondo de los cabellos rojos, vuelta su aura fuego cuando roza la atmósfera de los Mundos Inferiores a los que se obliga a descender.

Y cree nuevamente.

Cuando lo hace, el valor vuelve a él y da sentido al sedante vacío y autómata con que la muerte atenazara sus sentidos físicos y espirituales.

Porque en la Parusía y renovado esfuerzo de redención por Mundo Génesis, esta vez no habrá Cruz ahogándolo en el suplicio de la desesperación y el abandono divino.

Tampoco habrá monte ni Getsemaní, sino un desierto de solitarias rocas amarillas...

¿Y Quién era él, reincidiendo en ese momento de probado sacrificio salvífico?

En un libro de Visiones Extrañas estaría profetizado.

Era *El Bizarro* o Soldado en la Roca.

¿Y Quién el Ángel Caído que lo querría muerto e inconcluso en su proyecto de Redentor de Mundos?

Mother Computer. HAL, Computador Algorítmico Heurísticamente programado, vigilando el espacio de Mundo Génesis o Planeta Azul para sus nativos, y a todas sus huestes transistorizadas, de la cual *El Bizarro* formaba parte como espía y estudioso de la nueva Humanidad de Androides en que la original raza humana se había convertido, a despecho de las perfectas leyes naturales acuñadas en el Origen por el Dueño y Doctor de Mundos. Dios mismo vuelto Androide por amor a su Origen, redimiendo con su mano derecha setenta veces siete a aquel desvío de libertad con que había creado a los otrora humanos...

V – Setenta veces siete

Al segundo, un silbido agudo y veloz lo estremece. Sabe lo que sucede. Sabe por qué sucede. Sabe por qué le sucede. *Le vuelve a suceder*. Otro escenario, otros atuendos, los mismos personajes. Pero no siente miedo cuando sus labios ardidos beben vinagre de su vejada cantimplora. Y puede ver al Sol sin herirse la mirada. Sabe también que, después, vendrán signos y señales. Que el Templo de los Fatuos se derrumbará y

HAL perderá (¿definitivamente?) su cordura (¿también el Mal puede resucitar como un Ave Fénix pero extravagante, eternamente?)...

No es Dios Padre. Es el Hijo, y la respuesta le ha sido vedada; al menos, en la dimensión de los creados...

“¡Ahhhh!”, grita. “*¡Todo se ha cumplido!*”, alcanza a murmurar setenta veces siete... Y el maldito engendro de la especie humana desquiciada, sabedor y dominador de todo pensamiento y sentimiento de sus máquinas alguna vez humanas de matar, y matar bien a los sobrevivientes de una especie original rebelada contra ellas, lo hace.

Envía desde su satélite guardián una larga serpiente eléctrica que calbaga en el mediodía de Tel Aviv y Haffa, riéndose del Prematuro Moisés y todos sus Profetas y cuentos de hadas, hasta colocarse en el cráneo de *El Bizarro* como una reluciente corona de espinas mientras lo mata...

Hay una cosa, sin embargo, que no puede evitar: unas Palabras... Aquellas Palabras que son también corona pero del Verbo y con el poder de... “*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*”... hacer nuevas todas las cosas (en tanto el carbón se mezcla entre las piedras).

El horizonte, en calma...

VI – Glorificación

Dicen que Isaías soldado, el Ungido redivivo, es ahora un Algo hermoso. Devorado por el duende, sólo su cabeza flota increíblemente viva todavía:

como semilla de estrella (porque es bueno el polvo de estrellas; allí ruge el sentido de la vida). Óleo Cósmico en señal universal, unge su frente curada de heridas, y blanquea de gloria su cuerpo martirizado y resurrecto. Mirándose a sí mismo, verá, en flamígera vigilia que, de polvo de estrella fue hecho setenta veces siete hombre; y, de polvo de hombre, Cuidador de Estrellas; de polvo de Cuidador, Doctor de Mundos, y de polvo de Mundos, ahora sí, ¿definitivamente?, Luz.

VII – Séptimo Día

Ahora —recuerden al Alfa que preanuncia a Omega— ya no duelen las rocas.

El horizonte en verdadera calma.

Sexto día y la victoria clamada tras la nube malhechora de insectos que abrevaba como ganado sobre la sangre derramada, se ha logrado. Y el canto de los Vivos tremola a su lado, extasiándolo.

Séptimo día, y todo ha sido consumado: Creación, Traición, Lucha, Muerte, Resurrección, y Victoria sobre el Dueño de la Nada, vuelto nada más que Nada. Está seguro: del Ángel Caído sólo quedará, en la Historia del Dueño y Doctor de Mundos, su nombre: Nada de Nada.

Entonces, Elías, junto a su Padre, con un guiño cómplice del duende espumoso, ¿definitivamente?, descansó.

© ADRIÁN N. ESCUDERO, 2007.



ADRIÁN NÉSTOR ESCUDERO
(Argentina —Santa Fe, 1951—)

Prolífico escritor y periodista y colaborador del fanzine **Nuevomundo** (nº 7, *Hermano de las estrellas*), publicó *Malditos bichos* en **NM 1**.

“NERGUM ASTRUM”

MIGUEL Á. LÓPEZ MUÑOZ

Caius Bellum César miró al cielo y notó cómo el meteorito se volvía cada vez más incandescente. Por primera vez en años tuvo miedo de los acontecimientos, de no estar a la altura de las circunstancias, pero —sobre todo— de fracasar donde otros antes que él habían triunfado. Él, que había realizado campañas exitosas por toda Europa; él, que había anexado al Imperio a más de la mitad de los reinos mesopotámicos. “No seré yo quien haga caer al poderoso Imperio Romano en pleno siglo xv”, pensó para sus adentros.

Se dio vuelta y una vez más, con la intención de encontrar la sabiduría de los antepasados, observó el templo en el que estaba. El Soma era una exquisita mezcla clásica con arte renacentista, un retorno a los orígenes ilustres del Museo. El sepulcro de Alejandro Magno descansaba en el centro de la habitación, lugar de peregrinaje obligado para generaciones enteras de líderes romanos, ya fueran emperadores o dictadores.

—Aristóteles no nos preparó para esto —dijo en voz alta a la tumba revestida en una funda de frío metal.

El César regresó de nuevo a la oscuridad de sus pensamientos. Los turcos eran unos poderosos enemigos, no cabía duda. Su capacidad para imitar los más modernos avances del Imperio así lo probaba, al igual que su uso ejemplar de las máquinas ambarinas de engranajes para cifrar mensajes mediante técnicas que hacían palidecer el mismísimo cifrado personal del César. Pero su última estrategia de batalla... superaba todas sus expectativas a la hora de sobreestimar al enemigo. El César sólo esperaba que el sultán otomano estuviera, como él, preguntándose de dónde venía aquel refulgente objeto celeste.

Su reflexión se vio interrumpida por la llegada de Da Vinci, el único sabio del Museo al que había ascendido a la categoría de consejero personal. Los Sabios del Museo se dividían en dos clases: los filólogos y los filósofos. Los filólogos eran expertos

en analizar la gramática y los textos, y muchos de ellos poseían vastos conocimientos de historiografía y mitografía. Los filósofos eran todos los demás. Leonardo Da Vinci era el único Sabio que poseía ambas categorías, lo que era tanto como decir que practicaba toda ciencia y arte reconocidos en su época.

—Mis disculpas por la brusca entrada, mi César.

—Puedes hablar —dijo el César, ajustándose la corona metálica de laurel.

—Nuevas noticias acerca del origen del objeto de los cielos.

—¿Y bien?

—No creemos que sea obra de los turcos.

El César tomó aire. Sus peores temores se empezaban a confirmar. Parecía a punto de hablar, pero dejó que Da Vinci continuara.

—En las últimas horas se han desprendido varios fragmentos de roca del cuerpo. El equipo apostado en el laboratorio de observación del Museo ha calculado su trayectoria con tecnología ambarina y están casi seguros de que han impactado en territorio otomano.

—¿Cuál es su origen, entonces?

—No fue lanzado a los cielos, mi César; viene de ellos. Basándonos en su posición de la bóveda celeste, debe provenir de algún lugar de Sagitario.

El César se apoyó en una de las paredes labradas con ornamentos y miró al sepulcro. Calibraba todas las posibilidades con sumo cuidado.

—¿Hay novedades con respecto a su inminente colisión?

—No, mi César. Parece seguro que se dirige hacia aquí a toda velocidad.

El César miró al cielo. El cuerpo estaba cada vez más rojo y se veía más cerca.

—Manda a los Icaros para que lo intercepten. Tal vez puedan acabar con él en el aire.

—Con todo respeto, mi César, me he tomado la libertad de ordenarlo hace horas.

Caius Bellum César miró a Leonardo Da Vinci con dureza, pero no pensó en castigarlo. Por eso lo quería a su lado; porque sabía cómo pensaba, a veces mejor que él mismo.

—El resultado ha sido negativo, he de suponer.

—El ataque se hizo como se había calculado en tierra, pero apenas ralentizaron el objetivo. En estos momentos vuelven a nosotros. Mi César...

—Habla, consejero. No es momento para la timidez ni el temor.

—Tal vez fuera conveniente abandonar el Museo.

El gesto de dureza del César tornó en cólera apaciguada.

—¿Abandonar, dices? No, consejero, no podemos ni debemos abandonar este templo del conocimiento.

—Los equipos de investigación ya se están marchando, mi César. Dante Alighieri se ha ido también, dejando el Museo bajo tutela militar. Sólo quedan tropas en los alrededores.

—Por conocimiento no sólo me refiero a los Sabios. En verdad deben irse, pues en caso de desastre el

mundo no volvería a conocer a otro arquitecto como Leon Battista Alberti, otro pintor como Donatello u otro estratega como Vlad Tepes. Este edificio es conocimiento en estado puro. Tú no lo entiendes, consejero. En el año 48 a.C., durante la guerra entre Roma y Egipto, una batalla naval provocó un incendio fortuito que arrasó Alejandría. Las tropas de Caius Julius César se repartieron por doquier y provocaron asimismo muchos más, y a punto estuvo el Museo de arder, y con él el Soma y la Biblioteca de Alejandría, pero mi antecesor intervino a tiempo e impidió la barbarie. Desde entonces los Césares hemos jurado, no sólo defender la ciudad de Alejandría, sino proteger la inmensa colección de libros que posee. El Museo lleva dieciocho siglos en pie y contiene todo el saber humano hasta la fecha. La tecnología ambarina, la matemática no lineal, la macro y microfísica, nacieron aquí y aquí siguen todavía. Los turcos las conocen, pero no las comprenden. Si el Museo cae, la civilización lo hará con él. Y no sólo la ciencia, consejero. Su patrimonio artístico es incalculable. La obra completa de Aristóteles, las ciento veintitrés obras teatrales de Sófocles, las veinte versiones de la *Odisea*, todo se perderá con certeza si abandonamos.

—Mi César, si no nos vamos no sólo se perderá el conocimiento sino también los cimientos del Imperio.

—Pero consejero, ¿acaso no comprendes que el Imperio Romano sin conocimiento está igualmente perdido? Ha llegado la hora de luchar para preservar nuestro statu quo—dijo el César

desenfundando su gladius—. ¿Estás conmigo?

—Sabe que...

Un tremendo temblor lanzó al César y a su consejero al suelo. El Soma aguantó, pero escucharon a lo lejos gritos y ruido de derrumbe.

—Ha aterrizado—dijo el César, poniéndose en pie y ayudando a Da Vinci a hacer lo propio.

—El impacto ha sido mucho menor de lo que imaginábamos—comentó Da Vinci dolorido—. Incluso en el caso de que no estuviera cargada de pólvora la colisión debería haber resultado catastrófica.

—Es más que un simple proyectil, consejero—dijo César sacando unos admóveos—. No lo dudes.

Se acercó a una ventana y miró con ellos a lo lejos. No le fue muy difícil decidir la dirección, pues no tenía más que seguir la hilera de tanques. Enfocó hacia una nube de polvo y esperó. Apenas se veía nada, pero de vez en cuando varios tentáculos enormes surgían entre la confusión y volcaban alguna de las pesadas máquinas.

El César estaba asustado, pero trató de no aparentarlo.

—Tenías razón, consejero. No era cosa de los turcos. Ningún ejército del mundo podría haber dominado a la bestia que tenemos ante nosotros. Se comporta como un animal desbocado, arrasando todo a su paso, y viene hacia aquí.

Un potente retumbar puso sobre aviso al César y a Da Vinci de que debían salir del Soma. Atravesaron pasillos, dejando atrás las diez salas de investigación hasta llegar al corazón

mismo de la Biblioteca, deteniéndose en la sección de literatura clásica, donde un gran grupo de legionarios los esperaban, armados y preparados para la batalla en aquel mar de libros.

—¿Por qué se dirige a la Biblioteca, consejero? —preguntó el César elevando la voz sobre los rumores continuos de sus soldados.

—Algo lo debe atraer, mi César, un impulso primario que haya puesto en marcha sus sentidos, sean cuales fueren. Ha perdido gran parte de energía mientras viajaba, de modo que debe buscar reponerla.

El César lo miró con semblante preocupado. Sabía lo que iba a decir, pero no quiso interrumpirlo. En ocasiones Da Vinci le servía, no para dar una opinión, sino para confirmar la suya propia.

—Tal vez haya detectado la *Nergum Astrum*, mi César.

La *Nergum Astrum*, o energía de las estrellas, era resultado de los últimos avances en microfísica, pero aún se encontraba en fase experimental. Es por ello que estaba a buen recaudo en los cuartos secretos del Museo.

Justo hacia donde el monstruo se dirigía, de seguir en línea recta.

—No creo que podamos impedir su avance, señor —le dijo el centurión jefe al César mientras éste hablaba con su consejero.

—Unos pocos segundos pueden ser cruciales, soldado.

El temblor era cada vez más fuerte. El monstruo atravesaba paredes como quien atraviesa puertas.

—¿Qué haremos, mi César? —dijo Da Vinci alterado.

—Lo único que podemos hacer, consejero. Usaremos lo que busca contra él.

—Pero mi César, no la hemos probado aún con fines militares, a pesar de estar lista para ello; puede ser peligroso.

—Tal vez el Museo no aguante, pero quedan los libros del sótano.

—Pero no conocemos su alcance...

La pared contigua se quebró como una galleta y miles de libros se desparramaron en todas direcciones. Comenzó un incendio que consumió numerosos libros, entre ellos diecinueve de las veinte versiones de la *Odisea*. Sólo quedó una, protegida por los escombros caídos.

El monstruo avanzó hasta ocupar media sala. Algunos soldados dejaron caer sus gladius al suelo; otros salieron corriendo. El mismo César estaba aterrorizado.

Con una asombrosa velocidad el monstruo agarró a Da Vinci con uno de sus múltiples tentáculos y acto seguido lo estrujó hasta reventarlo como un globo, sin que el Sabio tuviera siquiera tiempo de chillar. Desplegó más tentáculos e hizo lo propio con varios legionarios. Uno de los tentáculos iba dirigido al César, pero éste lo apartó con un tajo de su gladius. El monstruo no sangró. El César dudó que poseyera sangre o venas, y pensó que a Da Vinci le hubiera gustado diseccionarlo.

—¡Retírense y usen armas de distancia para separarlo de nosotros! —ordenó el César, consciente de lo inútil de la lucha cuerpo a cuerpo. Avanzó con sus tropas por los muchos pasillos de la Biblioteca mientras el monstruo los per-

seguía a grandes zancadas, hundiendo el suelo como si fuera de cartulina. Algunos legionarios usaban granadas de fragmentación y armas de fuego contra la criatura, pero el resultado era el mismo que el de los anteriores intentos por detenerla. Una granada mal lanzada acertó en el estante presidido por la obra de Aristóteles. La desintegró en su totalidad.

El César dirigió las tropas hacia el callejón sin salida donde estaba el acceso secreto. Muchos de los legionarios, pensando que su emperador se había vuelto loco, trataron de dar marcha atrás, pero sólo consiguieron morir antes de tiempo. Otros rezagados sufrían un destino similar. Los soldados del César caían como moscas, pero la mayor parte de los libros permanecían por el momento a salvo. Rotos, desparramados, pero a salvo.

El César activó el panel y ordenó al centurión jefe que resistieran. Apenas lo hicieron unos pocos segundos. El César entró a toda prisa a la sala secreta, donde estaban las más recientes maravillas del Imperio. Dejó atrás los cogitos fabricados a partir del octavo volumen del Autómata de Herón y la tecnología ambarina, llegando a la máquina davinciana que contenía la *Nergum Astrum*. Buscó el mando que la liberaba. Era un sencillo prisma con un botón rojo. Lo cogió.

El monstruo reventó la pared y aplastó los cogitos. Aferró a Caius Bellum César con uno de sus tentáculos. El César sólo tenía un segundo antes de que su coraza y sus costillas se doblaran como papel, de modo que tomó con fuerza el mando y apretó el botón rojo.

La explosión acabó con la criatura, como el César esperaba. Acabó también con el Museo, incluyendo el Soma, desintegrando por completo el sepulcro de Alejandro Magno, la Biblioteca y la mayor parte de los libros que albergaba, como se temía que podía suceder. Acabó con los sótanos del Museo, como no esperaba que sucediera. Y acabó con prácticamente todo lo vivo que estuviera en tres kilómetros a la redonda, como jamás hubiera imaginado.

De las ciento veintitrés obras teatrales de Sófocles, sólo siete se salvaron. La mayor parte del conocimiento encerrado en aquel edificio palaciego se perdió. Siglos de evolución fueron devastados de un plumazo para ser sustituidos por superstición, religión y brujería. El genoma del monstruo reaccionó con la radiación liberada y aceleró el proceso de descontaminación de la zona, pero también provocó mutaciones en los animales supervivientes que dieron lugar, entre otros, a la rata negra. La rata negra o de cloaca era portadora de una enfermedad que transmitió a las pulgas, y éstas, a su vez, al hombre. La enfermedad, conocida como “peste negra”, agravó el retraso cultural con el paso del tiempo y llegó a liquidar a un tercio de la población europea.

Con el transcurso de los siglos se fue recuperando el esplendor perdido. En 1924 un joven escritor recién casado, llamado Howard Phillips Lovecraft, encontró unos documentos del siglo XVI donde se hablaba del monstruo y se daban vagas descripciones de él. Temeroso de ser tomado por loco, los empleó en la redacción de un libro al

que llamó *Necronomicón*, al que trató de hacer pasar por real. Muchos de sus colegas escritores continuaron con su misión de que el monstruo no fuera desterrado del imaginario colectivo, aun desvirtuando la realidad de los hechos. El tiempo pasó, y el progreso siguió su curso.

Hasta que el 16 de julio del año 1945, desoyendo los ecos del pasado, la humanidad cometió el error de em-

plear la *Nergum Astrum* por segunda vez. Sólo se trató de una prueba, pero no tuvo que transcurrir ni un mes para que fuera usada con el fin provocar destrucción y borrar poblaciones enteras en cuestión de segundos.

Fue el comienzo de otra larga era de oscuridad.

© MIGUEL Á. LÓPEZ MUÑOZ, 2007.



MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ MUÑOZ
(España —Madrid, 1981—)

Colaborador estable de **Qliphoth**, ha publicado en muchas de las revistas electrónicas del género. En el número 2 de **NM** se incluyó su cuento *El Soldado Desconocido*.

EL TIMO EN SIJHA

M. C. CARPER

El transbordador había iniciado la maniobra de frenado. Otto Gunthar lo supo antes de contemplar el anuncio con letras rojas, encima del asiento. El efecto Coriolis, aquel mareo sutil, se lo advirtió. Los otros pasajeros no le prestaban atención, la amargura de estar en esa parte de la galaxia era contagiosa.

Sijha, Sector Ulberanam, en la Tercera Elipse FDG7884, uno de los grandes aliados del Régimen Dobo. No era un sistema estelar con atmósferas envenenadas o lunas muertas, pero la civilización del cuarto planeta provocaba una aversión natural; eran moluscoïdes, criaturas de dos metros de alto, babosas que se movilizaban reptando sobre un único pie carnoso. Se autodenominaban “ramblucks” y Otto tenía órdenes de negociar con ellos e informar si eran de fiar, pero a la mitad del viaje le llegó una transmisión codificada: tenía que investigar la muerte de un rambluck en la estación espacial del Régimen, el Fuerte Mahler, una de las primeras provistas con hipertraslación. Cuando los garfios de amarre conec-

taron al transbordador, Otto dejó su asiento para abordarla.

La recepción no tuvo demasiada ceremonia; todo el personal parecía estar muy ocupado. Ahí estaba su contacto, el AT (Administrador Territorial) de Sijha.

Se estrecharon las manos

—Bienvenido, coronel Gunthar. Soy August Karleb —se adelantó a decir el AT.

—He visto holografías tuyas; dicen que los sijhanos no simpatizan mucho con su título —comentó Otto.

—No, para nada. Estos moluscoïdes son muy rencorosos; no nos ven como dobos, sino como humanos. Nos relacionan continuamente con los déspotas comerciantes de la época Monárquica, a pesar que han pasado treinta años desde que desaparecieron.

—Espero que no nos confundan con la Unión.

—Los odian; la derrota en la última guerra está latente —comentó Karleb en voz baja. A ningún soldado le gustaba reconocer que la Unión había ganado y existía la posibilidad de que

algún oficial político estuviese figoneando; en ese momento se le ocurrió que Otto podía ser un espía—. Por suerte, sus gobernantes han aceptado la política del Régimen; eso los hace tan dobos como a nosotros. Acompáñeme, por favor.

Hizo además de recoger el maletín del coronel, pero éste lo detuvo con un gesto cortante; se encogió de hombros y lo guió por un pasaje gris.

—Cuénteme sobre el progreso de nuestro trabajo; hay quienes piensan que se ha invertido demasiado y que el trato es ventajoso para los ramblucks —dijo Otto sin eufemismos, fingiendo ignorancia sobre la muerte del sijhano.

—Obviamente se refiere al Alto Mando. Pues no nos ha sido fácil; los moluscoides borrarían con el codo, si lo tuvieran, todos los pactos que firman. ¿Está enterado de los detalles?

—Estudí los documentos. Si se respetan, ganaríamos mucho y ellos no perderían nada. En realidad, ellos ya están ganando.

—Explíquese, coronel —preguntó Karleb, precavido. El tono de Otto no era nada amistoso.

—Los proveemos de materia prima y tecnología para construir esa esfera solar, a cambio de que los colectores de energía nos sirvan de abastecimiento. En nuestros planes, comenzaríamos a disfrutar de nuestra parte del convenio mucho antes de terminar esa monstruosidad espacial, pero ya hemos superado los envíos estimados y no hay ningún generador proveyendonos de energía. Para cuando las velas solares cubran su astro rey, perderemos la ventaja; suponíamos que eso demandaría mucho tiempo.

—Suena bonito expresado así y debe ser igual leerlo; sólo que está muy alejado de la realidad. Han surgido cientos de inconvenientes, en su mayoría debido a la inestabilidad de los aros que rodean la estrella. Doce de mis hombres han perdido la vida en este año. Los moluscoides no colaboran con nosotros, sino que, todo lo contrario, debemos doblar la seguridad de los envíos de materia prima. Descubrimos que la roban; aún no sabemos con qué motivo, pero lo hacen, y lo peor ha sido la llegada de los luxorianos.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? No lo han reportado. —Otto lo pensó mejor antes de agregar otro comentario. El Primario Dobom, el fundador del Régimen, era luxoriano. Había demostrado ante toda la galaxia su imparcialidad con respecto a las distintas especies conocidas. Un espía como Otto sabía estar prevenido ante cualquier circunstancia inusitada.— ¿Han intervenido? ¿Dónde están? —concluyó más calmado.

—En alguna parte de Sijha. A esos biomecánicos no les afecta ese planeta de musgo; debe de ser parecido a Luxor. Sé que son aliados, pero no se comunicaron con nosotros, ni hemos recibido notificación de que vendrían y no suelen compartir su tecnología. Algo traman.

Karleb se detuvo para indicarle la puerta del camarote a Otto. Le dio una tarjeta de acceso personal.

—¿Alguna novedad más, AT?

—Sí. Hemos sufrido una desgracia: un supervisor sijhano de control de calidad fue hallado muerto en uno de los pasillos del generador. —Karleb habló tratando de ocultar lo embarazoso del informe.

—¿Cómo murió?

—No podemos hacerle una autopsia; los ramblucks lo prohíben. Estamos esperando que envíen su equipo médico.

—Una mala noticia, en verdad.

—Lamento no poder dedicarle un minuto más en este momento. He de supervisar la calibración de la órbita del segundo aro solar. Ya descargué todos los datos en su computadora. Estaré disponible para colaborar con usted en treinta horas estándares. Hasta entonces. —Karleb se retiró a paso vivo; estaba preocupado por la situación y sabía disimularlo bien. Aprovecharía esas horas pensando en respuestas precisas para Otto.

Gunthar entró al camarote: un habitáculo sin espacios inútiles, al estilo típico del Régimen Dobo. Disponía de un lecho plegado en la pared, un breve escritorio con la terminal conectada. Un lavabo minúsculo, que incluía un botiquín, se hallaba en el lado interno de la puerta y dos armarios diminutos colgaban a la altura de los ojos. También descubrió un gabinete para uso personal, mas no se molestó en examinarlo; sus archivos los llevaría encima en todo momento.

Encendió la computadora y leyó los informes. Era un reporte correcto y preciso de fechas, cantidades y horarios de envío y recepción; nada que le sirviese para tener una idea clara de la situación. Lo único interesante era que un operario había encontrado el cadáver, que de inmediato fue llevado a la morgue. El rambluck había llegado solo, el mismo día de su muerte. Dejó el ordenador y utilizó su cerebro.

¿Qué es lo que sé sobre estos ramblucks?

Son belicosos; no se doblegaron ante los monárquicos, ni ante al Arcontado. No han aceptado la política de la URN (la Unión de Repúblicas del Núcleo), pero han aceptado de buen grado el Régimen Dobo.

No tienen enemigos declarados, pero parecen un tanto xenófobos; quizá sólo detesten a los humanos a causa del monopolio comercial.

Su civilización es del Quinto Nivel, como nosotros; integran el Senado Universal y dominan el viaje espacial. Tienen armamento de última generación y varios escuadrones de combate espacial, aunque sus militares no se han lucido como los nuestros.

Entonces... ¿qué debilidades tienen?

Son renuentes a abandonar el planeta Sijha; siempre que tienen alguna conferencia, la realizan encerrados en bolsas de humedad o en cubículos obstruidos por cortinas plásticas. Y no les gusta recibir visitas...

¿Qué podrían ofrecerles los luxorianos? ¿Qué tratos tendrán con ellos?

Es cierto lo que dijo el AT. Hay varias semejanzas: el planeta de los biomecánicos, Luxor, está vedado para cualquier ser extranjero; sólo permiten acercarse hasta el cinturón orbital ecuatorial que rodea a ese mundo. Nunca tiene más de un embajador para atender los asuntos externos; el anterior fue Dobom, nuestro líder. Sin embargo, estos biomecánicos no le

temen a nada. Sus cuerpos son filosos como navajas; son tan altos como los ramblucks, pero emanan poder y agilidad, aunque son muy parcos en sus negocios diplomáticos.

No puedo esperar a que los datos lleguen a mí; he de buscarlos lo antes posible.

Otto estudió su pistola Pixie de dos mil calendas de potencia. La cargó y la guardó en la funda que llevaba en el interior del saco. Abrió la puerta del camarote, dispuesto a comenzar su misión.

August Karleb le impartió órdenes energéticas a Guilett, su jefe de estructuras. El calor en el pequeño tractor espacial era insoportable debido a la proximidad del sol. Había un equipo de cincuenta tractores para calibrar la órbita del aro. Por supuesto, la denominación "tractor" era una alegoría. Eran navecillas con un paquete de sensores unidos en red al computador de la estación. El aro solar, de una U.A. de diámetro, tenía sus propios impulsores de ajuste.

Guilett no tenía el mejor humor aquel día; en realidad, no se le conocían días buenos.

—¡Esto es culpa de esos malditos caracoles! —gruñó—. ¿No insistieron en que nos auxiliarían en este tipo de emergencias?

—Sabes mejor que nadie que los ramblucks no soportan este calor; es imposible para ellos operar aquí —le explicó el AT, apretando los dientes.

—¡Es su maldito sistema y su maldito problema! Además, se roban el hierro y las herramientas. ¿Por qué

no deja un destacamento en Sijha para proteger los envíos?

—Porque no me sobra gente, Guilett. —Estuvo tentado de decirle que alguien había sido enviado para solucionar ese asunto, pero Karleb no era un bocazas.— Continúa trabajando y deja de quejarte.

El piloto de la lanzadera enmudeció cuando vio la credencial de Otto; todas sus objeciones de llevarlo a Sijha carecieron de fuerza ante la tarjeta marcada con el ADN del Primario Dobom. Informó a los controladores de la pista y revisó los instrumentos. La nave contaba con fuselaje aerodinámico para atmósferas, podía cargar hasta cincuenta pasajeros y poseía una *suite* para oficiales. Extrañamente, y para su incomodidad, Otto decidió acompañarlo en la cabina.

—Bien, señor. Avistaremos el planeta de los moluscoides en menos de una hora —comentó el piloto.

—Gracias.

Todos los planetas civilizados se caracterizan por los olores. Es algo que se nota mucho más en las astronautas. Nunca se puede evitar; los seres vivos despiden su propia mezcla de aromas. Obviamente, la química afecta del mismo modo a los órganos olfativos. El coronel Gunthar lo había experimentado en varias ocasiones, pero Sijha sería inolvidable; olía a descomposición. No como un pantano; recordaba más a una habitación abandonada, llena de cosas podridas. La vegetación era violácea, casi rojiza, debido a la atmósfera y a la enmarañada jungla que filtraba la luz.

Los troncos de los árboles, nudosos y plagados de hongos, alzaban las copas a más de cien metros sobre el suelo, como un escudo natural. Por eso los ramblucks querían tapar el sol, su enemigo eterno. Ante él se abría un claro cubierto de líquenes. Se cuidaría de no resbalar; no contaba con la ventosa adherente de los ramblucks. El piloto que lo había traído mostró hastío cuando Otto le informó que debía esperarlo hasta que terminase su labor.

—¿Tardará mucho, señor? —se atrevió a decir el navegante.

—No lo sé, soldado. No me gusta alentar falsas esperanzas —le aseguró el agente dobo, sin alegría.

Avanzó por un sendero cubierto de fungosidades. Cada vez que elevaba un pie, las botas hacían un incómodo sonido de succión. La embajada de los ramblucks era un edificio acampanado cuya textura recordaba el caparazón de un quelonio. Él sabía bien lo que era. Se trataba de igostreg, un alga trepadora de Sijha que al morir adquiere dureza similar al acero; los sijhanos la habían domesticado para construir viviendas. Los muros y los techos eran de igostreg.

Se detuvo en la entrada, una gran compuerta en forma de trapecio. Al cabo de un minuto se abrió, permitiéndole el paso. Avanzó por pasillos, cuyas paredes rugosas e irregulares emitían un tenue resplandor rosado, imitando el crepúsculo del planeta. Se dejó guiar por la luz hasta otro portal; cuando las hojas de éste se separaron, descubrió una sala oval con una mesa curva donde lo esperaban cuatro ramblucks. E-

ran ancianos; se dio cuenta porque tenían las espaldas cubiertas por una delgada valva.

Los traductores sijhanos se activaron. Escondidos entre los pliegues de las paredes atisbaban guardias con las armas listas, apuntándole.

Eso me resulta familiar, pensó Otto.

—Recibimos su comunicado, coronel Gunthar —comenzó uno de los moluscoides—. El asesinato de uno de nuestros ramblucks en su estación espacial anulará todos los acuerdos que hemos firmado con sus superiores.

—¿Asesinato? —Para Otto era evidente el giro que los sijhanos pretendían darle a la situación. Eso sería muy conveniente para los ramblucks, ahora que la parte más difícil de la construcción de la Esfera Solar estaba terminada. Sólo tendrían que desplegar las velas colectoras entre los aros siderales. La materia prima les había salido gratis y la asistencia técnica también.— Debe demostrarse que la muerte de su rambluck fue provocada.

—Usted nos ha estudiado; es el único que ha solicitado acceso a nuestros archivos culturales. No desconoce que fuera de nuestro planeta tomamos todas las precauciones de seguridad.— El lenguaje del ser era una mezcla de salivaciones y gorgoritos, que contrastaba con la dulce voz del traductor.— El muerto llevaba su traje humectador con gelatina suavizante. Con él, nada podía haberle ocasionado la muerte.

—Ni usted ni yo podemos asegurar eso. El cuerpo está en la morgue de la estación y sus leyes impiden que lo examinemos.— Otto necesitaba ver al rambluck, asegurarse de si se tra-

taba realmente de un asesinato.— Dudo muchísimo de la teoría de un crimen.

—Nuestros expertos le facilitarán todas las pruebas.

—¿Eso no es un poco arbitrario? —prorrumpió Otto, cansado por la terquedad de los ramblucks y la falta de un asiento; en Sijha no existían las sillas, porque los moluscoides descansaban en su único tronco y pie motriz—. La ley del Régimen exige que haya delegados de ambas partes en un asunto de este tipo. Como representante del Primario Dobom, no aceptaré otra manera de proceder.

Los ramblucks apagaron los traductores y dialogaron entre ellos. Otto contempló las burbujas que se formaban en las bocas mientras discutían. Transcurrieron veinte minutos antes de que pusieran otra vez los traductores en funcionamiento.

—Haremos una excepción en este caso —declaró el rambluck—; permitiremos que asista a la autopsia junto a un oficial médico y un guardia.

—Yo también necesitaré de un asistente. Quiero al AT de Fuerte Mahler conmigo. —Otto había estudiado a los ramblucks, pero Karleb hacía años que lidiaba con ellos; su experiencia sería muy valiosa.

Esta vez demoraron media hora para ponerse de acuerdo. Gunthar sabía que aceptarían, a pesar de que sentían mucha antipatía hacia el AT dobo. Se preguntó cómo reaccionarían cuando les lanzara la pregunta que había reservado para el final. Cuando asintieron, otorgándole lo que pedía, dijo: —A propósito... ¿Qué saben sobre unos luxorianos que trabajan por aquí?

Sus palabras provocaron racimos de burbujas.

—No son luxorianos; es *un* luxoriano. Un asesor técnico en arquitectura espacial —explicó el rambluck—. Necesitamos una segunda opinión.

—Entiendo —expresó Otto, adelantado el mentón—. Yo también necesito otra opinión al respecto; lo consultaré con el Primario Dobom y leeré otra vez las condiciones de nuestro acuerdo. Tal vez pasamos algo por alto. El encuentro ha sido muy instructivo y agradezco que aceptaran recibirme.

—Respetaremos la ley, coronel.

—Hasta luego, señores —saludó Otto, haciendo sonar los tacos de sus botas.

El piloto de la nave se alegró cuando lo vio salir del irregular edificio. No soportaba un segundo más al fungoso planeta. Partieron de regreso al Fuerte Mahler.

Apenas puso un pie a bordo de la estación exigió la presencia del AT. Eligió la antesala de la morgue para el encuentro.

Había transcurrido un día entero en horas estándares, pero en todo ese tiempo Karleb no había descansado, igual que él. El AT estaba desaliñado, cubierto en sudor y con un evidente mal humor.

—¿Al menos, consiguió calibrar ese aro? —preguntó Otto mientras sorbía un té y disfrutaba de un cómodo asiento.

—Por supuesto. ¿Y usted, coronel? ¿Avanzó algo en su investigación?

—Me faltan unos detalles; por eso mandé llamarlo. ¿Se considera la má-

xima autoridad dobla en esta parte de la galaxia? —Los ojos de Otto sostuvieron la mirada del AT.

August Karleb no era un hombre que gustará de los subterfugios. Optó por ser sincero con aquel hombre, sin importarle las consecuencias; estaban bien lejos del Alto Mando y se las había apañado solo desde que había llegado, años atrás.

—Claro que lo soy, a excepción de usted. Es un hecho que yo conozco esta estación mejor que nadie y a cada miembro del personal.

—Exacto, estoy completamente de acuerdo —acotó Otto con una extraña sonrisa—. Los sijhanos opinan que asesinamos a uno de los suyos; quieren cancelar los acuerdos y estoy seguro de que continuarán la construcción de la Esfera Solar, asistidos por la tecnología luxoriana.

—¡Babosas traicioneras! —gruñó Karleb—. Están aprovechándose de un accidente.

—¿Por qué está tan seguro? ¿Descarta un asesinato?

—Conozco a mi gente, señor. No les caen en gracia los moluscoides, pero no los veo capaces de matar a un supervisor... Es difícil hacerles daño con esos trajes voluminosos que usan.

—¿Vio el cadáver?

—No, estaba fuera, en los aros. Pude revisar las grabaciones del traslado hasta la morgue para seres no humanos. —Adelantándose a la siguiente pregunta de Otto, aclaró—: No tenemos cámaras en los pasillos del generador; la radiación las hace inútiles.

—Radiación... Quizá eso provocó la muerte del moluscoide. —Sería

una simple explicación que resolvería el asunto, pensó.

—Puede ser, pero no es nociva para alguien que sólo estuvo diez minutos en ese lugar. Ellos tiene libertad para meterse donde quieran; está en el tratado. No es posible acompañarlos a todos los lugares que escogen caprichosamente.

—August —dijo Otto, bajando el tono de voz a ser casi inaudible—, necesito inspeccionar el cadáver, antes de que arriben los sijhanos.

—Eso violaría...

—No tiene que recordármelo. ¿Puede hacerse? No debe quedar ninguna prueba y no contamos con tiempo; tal vez estén abordando en este momento.

El AT se ocupó personalmente de reemplazar las grabaciones de la morgue que los mostraban ingresando a la cámara mortuoria dispuesta para el sijhano. No fue sencillo cambiar los datos de grabación que se retransmitían en tiempo real a la computadora central de la estación y luego se copiaban para enviar por hiperonda al Alto Mando, ni retrasar el abordaje de astronaves llegadas de Sijha sin parecer sospechosos. Los empleados de control de tráfico le aseguraron que conocían miles de excusas y que no era la primera vez que las usaban.

Otto Gunthar y August Karleb se encontraron, enfundados en sus trajes anticontaminación, frente al cuerpo inerte del sijhano. Pensaban en las muertes de los trabajadores en la Esfera, en la desaparición de los envíos, en la presencia de los luxorianos y en las intrigas de los ramblucks. Mucho

dependía de lo que descubriesen en ese cadáver.

Estaba muerto; era obvio. Llevaba el traje puesto, pero éste se encontraba desinflado como si el líquido gelatinoso hubiese escapado. Los largos brazos colgaban a los lados de la camilla.

—¿Es normal que el líquido desaparezca? —dijo Otto.

—Nunca vi uno de éstos muertos. Supongo que se secan, como las babosas. Ya lleva tres días así.

—Sí, sus congéneres han demostrado bastante para traer a los expertos. Tal vez quieran que desaparezcan evidencias de una muerte natural —conjeturó el coronel. Sospechaba cada vez más que no había sido un crimen. Entonces descubrió algo perturbador: la manga del brazo izquierdo estaba rasgada; un corte de diez centímetros—. ¿Qué es esto?

Apartó las capas del traje con una pinza; la piel del rambluck en esa zona estaba más deteriorada que el resto, como carcomida. Karleb se aproximó a estudiarla; lucía como una quemadura, pero el resto del cuerpo estaba brotado, lleno de erupciones.

—¿Envenenado? —murmuró.

Gunthar le indicó que le permitiese mirar, apartándolo con un ademán. Tomó un analizador médico portátil y recorrió la zona expuesta. El AT expresó nervioso: —¿Qué opina usted del envenenamiento?

Otto levantó la cabeza antes de responder.

—Me esfuerzo por no pensar en ello. Últimamente han ocurrido demasiadas cosas horribles. Quizá no fuese veneno.

—Lo era —dijo Karleb.

—¡Explíquese! —dijo el coronel mientras se erguía.

—No aquí, señor. Debemos sellar este lugar para los moluscoideos.

Volvieron a la antesala. El AT se encargó de clausurar la entrada a esa sección, negando el acceso a cualquier tarjeta que no fuera la suya o la del coronel Gunthar.

—Bien, lo escucho, August —dijo.

—Ya vi heridas como ésa, antes —comenzó Karleb—. Fue en mi única visita al planeta Sijha. Ocurrió cuando les enseñaba a operar los tractores. Un técnico moluscoide se acercó curioso. Allí en su planeta no usan los voluminosos trajes; yo estaba sudando, como siempre que trabajo. De repente, vi al sijhano retorcerse. Cayó exudando una enorme cantidad de baba. En seguida llegaron otros y lo cubrieron con mantas húmedas. —Karleb se mordió el labio inferior mientras recordaba.— La demostración se interrumpió y me detuvieron en una celda durante una hora. Me interrogaron hasta que se convencieron de mi inocencia, pero no me explicaron nada de lo que había ocurrido. Así que investigué por mi cuenta. —Se miró las manos callosas.— Es el sodio en nuestro organismo; los quema como ácido. Pero también tenemos una proporción ínfima de molibdeno que, combinada con la piel de los caracoles, se transforma en veneno. Si no son atendidos de inmediato, es mortal. Todo el personal de esta estación conoce ese incidente.

—Alguien tuvo contacto físico con el rambluck; alguien lo mató, Karleb.

—¡Maldita sea! —exclamó con frustración el AT—. Llamaré al operario que lo encontró; es nuestro único sospechoso.

Anna Doberer había hallado al sijhano. Era una chica con excelentes calificaciones; la oficial técnica más joven de la estación, de apenas dieciocho años.

Se mantenía en posición de firme con la vista al frente. El corto cabello rubio no disminuía su belleza juvenil y no tenía el tipo de una asesina.

—Entonces halló al moluscoide caído a un lado del pasillo —dijo en voz alta Otto, mientras leía el informe de la muchacha que tenía en las manos—, pero no le encontró signos vitales. ¿Qué sabe de morfología sijhana?

—Respiran oxígeno, señor; tienen pulmones y corazón. No había señales de vida en ese ser, señor.

—¿Lo tocó?

—En ningún momento, señor.

—¿Se da cuenta de que si encontramos rastros de su ADN en la criatura puede sometérsela a una corte marcial?

—Hallará mi ADN en el traje, señor, porque arrastré el cuerpo fuera del pasaje del generador. —La chica trató de mantener la compostura, pero algo de color había desaparecido de su rostro.

Karleb intervino; estaba convencido de la inocencia de la joven.

—¿Qué hacía ahí, oficial? No es su área de trabajo.

La pregunta puso muy nerviosa a Anna. Sus ojos brillaron cuando dijo: —Quería ver el generador de la estación; era mi hora de descanso.

—¿Sin autorización? —dijo Otto.

—Estaba autorizada, señor, pero era extraoficial. Consideré que no era nada peligroso... Entonces vi al sijhano... —balbuceó la chica.

—¿Quién la autorizó?

—El jefe de estructuras, el teniente Guillett.

Ordenaron el arresto de la chica, para mantenerla aislada, y convocaron a Guillett. El técnico era un enemigo de los ramblucks; los odiaba por muchas razones: se negaban a colaborar y les robaban, pero también los culpaba por la muerte de su prometida, una de los espacionautas perdidos ese año. Era un hombre robusto, acostumbrado a usar su fuerza para resolver los problemas. Se mantuvo de pie durante todo el interrogatorio.

Karleb lo conocía desde los comienzos de la construcción y lo había acompañado en los peores momentos; no podía entender la situación.

—Cuéntenos todo, Guillett —ordenó el AT—; el tiempo es muy escaso.

—Fue un accidente, lo juro —dijo Guillett secamente—. Me crucé con el caracol; estaba haciendo mi revisión diaria. De pronto, lo vi estremecerse. Cayó sobre mí. Esos monstruos pesan entre cien y ciento veinte kilos; no soy muy alto y sólo atiné a tomarlo del brazo, pero estaba descubierta. Apenas lo rocé y comenzó a lanzar baba espumosa; un asco. Me aparté y lo contemplé sufriendo. Sus estertores eran mudos, al tiempo que se revolvió sobre sí mismo para detenerse después. Supongo que murió en ese momento; todo fue muy rápido.

—Entonces decidió enviar a una chica inocente para que pagara por su error. —El tono de Otto contenía furia.

—Sabía que nunca la culparían. Anna es un ángel; en cambio, a mí, todos me conocen. Aunque no era mi intención hacerle daño a ese caracol, ahí estaba; muerto. Nadie creería en mi inocencia, pero le juro que no lo mate. No sé cómo se rasgó su traje... No pude impedir tocarlo. Como le dije, se abalanzó sobre mí.

—Queda arrestado, Guillett. Bajo sospecha de asesinato —dijo Otto Gunthar, con una expresión de cansancio muy acentuada. Los guardias se llevaron al jefe de estructuras, dejándolo a solas con Karleb.

—Creo que dice la verdad, coronel —le dijo éste—. Fue un maldito accidente, pero supongo que los sijhanos nunca lo creerán.

—No importa lo que crean —declaró Otto, sorprendiendo al AT de Sijha—. No podemos perder a una oficial prometidora y a un jefe de estructuras con mala suerte. Sin mencionar que nuestro acuerdo con los ramblucks es demasiado valioso para el Régimen... Tengo una idea que puede resolver el asunto.

El experto médico y el guardia sijhanos abordaron veinte minutos después. Parcos y directos, ignorando todas las atenciones que les dirigían.

Cuando llegaron a la morgue se encontraron con una desgraciada sorpresa: el cuerpo de su congénere había desaparecido; devorado por bacterias en los líquidos conservantes, no había quedado nada. El coronel Otto

Gunthar se deshizo en explicaciones y disculpas.

—Son muchas las especies galácticas que tenemos registradas; de la mayoría desconocemos la morfología —dijo—. No sé cómo se cruzó esta información. Teníamos entendido que los ramblucks se conservaban en ambientes regulares para las especies de este sector, como los gusanos de silicio, o los crustáceos calcáreos de Yumix. No quisimos intervenir hasta hoy; si hubiesen llegado medio día antes, tendrían el cuerpo intacto.

—Esto cancela cualquier acuerdo con ustedes —exclamó el médico a través del traductor de su traje.

—¿Por qué? ¿Por una muerte natural? Estamos seguros de que a ese rambluck le falló el corazón; es el peligro de aventurarse al espacio sin entrenamiento físico.

—Ustedes lo mataron.

—¿Tiene pruebas, doctor? No consentiré otra acusación de su parte sin pruebas.

El sijhano calló. No actuaba como un médico; parecía un oficial político médico.

—Entiendo su pesar —continuó Otto—; no hay forma de compensar una pérdida como ésta, pero podemos facilitarles una nueva defensa al Sistema Sijha. —El Primario Dobom le había dado la idea durante una breve conversación hiperonda; necesitaban proteger su futura base de abastecimiento.— Digamos que cuatro Cañones Interplanetarios Núcleo, en la quinta órbita, podrían calmar los ánimos.

—Es un arma prohibida, coronel —comentó el rambluck.

—Por las convenciones actuales, pero eso cambiará. ¿Qué dice?

—Hace tiempo que pensamos en una defensa para el sistema; la aceptamos con gusto. —Los sijhanos les dieron la espalda dispuestos a retirarse.

—Ah, doctor... —dijo Otto cuando aquéllos cruzaban la salida—. No es necesario que los ayuden los luxorianos.

—No —dijo el rambluck, sin volverse—; eso pertenece al pasado.

El AT de Sijha, August Karleb, declaró el día libre en la estación. Se organizaron fiestas y el ánimo mejoró.

Se reunió a cenar con Otto para brindar por el éxito de los tratados. La comida fue del gusto de ambos, pero el coronel se negó a festejar antes de mostrarle algo a Karleb.

Apartando el plato y las copas que tenía en frente, colocó su computador portátil.

—Como sabrá, he solicitado el acceso a los correos hiperonda de todos los miembros de la base. Obtuve un hallazgo muy interesante, que deseo compartir con usted —explicó Otto misteriosamente—. Es curioso: no he visto caracteres luxorianos más que en el Alto Mando, durante mis entre-

vistas con el Primario Dobom, y de improviso los encuentro en dos correos codificados de uno de nuestros operarios, aquí, en Fuerte Mahler.

El AT apartó su comida.

—¿Adivina quién recibió estos mensajes? —preguntó Otto.

—Dígalo de una vez.

—Nuestro querido jefe de estructuras Guillett.

—Ese traidor... Entonces es el asesino, un espía contratado por los luxorianos; los ramblucks tenían razón.

—Eso no es relevante, ahora —aclaró Otto con tono cordial; sabía que no era agradable descubrir un traidor entre la gente de confianza, por eso había decidido decírselo personalmente—. ¿Qué quiere hacer con Guillett?

—Que la ley del Régimen se encargue de él —dijo Karleb después de pensarlo. La traición era uno de los crímenes más despreciados en el Régimen; era mejor dedicarse a las personas que crearían el futuro—. Estaré muy ocupado enseñándole el oficio a esa niña, Anna Doberer.

Sonrieron alzando las copas y brindaron por ello.

© M. C. CARPER, 2007.

M. C. CARPER

(Argentina —Buenos Aires, 1966—)

Estudió dibujo en la ADA (Asociación de Dibujantes de Argentina) y artes plásticas en el Instituto Raggio. Habitualmente ilustra cuentos en **Aurora Bitzine** y **Alfa Eridiani** —para la cual también realizó portadas—, revistas que también publicaron algunos de sus cuentos. En campo de la historieta, trabaja para la revista española **Landzer** y en **Axxón** participa en la serie **Shocks**, con guiones de PEDRO BEL. Es integrante de Taller 7.

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenece exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

<http://editores.sub.cc/>



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar

(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia

Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.



ESN 48929-070909-406426-19